
OSAMU DAZAI
INDIGNO DE
SER HUMANO
Lectulandia

«Por lo general, las personas no muestran lo terribles que son. Pero son como una vaca pastando tranquila que, de repente, levanta la cola y descarga un latigazo sobre el tábano. Basta que se dé la ocasión para que muestren su horrenda naturaleza. Recuerdo que se me llegaba a erizar el cabello de terror al pensar en que este carácter innato es una condición esencial para que el ser humano sobreviva. Al pensarlo, perdía cualquier esperanza sobre la humanidad».

Publicada por primera vez en 1948, *Indigno de ser humano* es una de las novelas más célebres de la literatura japonesa contemporánea. Su polémico y brillante autor, Osamu Dazai, incorporó numerosos episodios de su turbulenta vida a los tres cuadernos que conforman esta novela y que narran, en primera persona y de forma descarnada, el progresivo declive como ser humano de Yozo, joven estudiante de provincias que lleva una vida disoluta en Tokio. Repudiado por su familia tras un intento de suicidio e incapaz de vivir en armonía con sus hipócritas semejantes, Yozo malvive como dibujante de historietas y subsiste gracias a la ayuda de mujeres que se enamoran de él pese a su alcoholismo y adicción a la morfina. Sin embargo, tras el despiadado retrato que Yozo hace de su vida, Dazai cambia repentinamente de punto de vista y nos muestra, mediante la voz de una de las mujeres con las que Yozo convivió, una semblanza muy distinta del trágico protagonista de esta perturbadora historia.

Indigno de ser humano se ha convertido, con el paso de los años, en una de las obras más populares de la literatura japonesa, superando los diez millones de ejemplares vendidos desde su primera publicación en 1948.

Lectulandia

Osamu Dazai

Indigno de ser humano

ePub r1.1
Titivillus 27.1.2015

Título original: *(Ningen shikkaku)*
Osamu Dazai, 1948
Traducción: Montse Watkins
Retoque de cubierta: Titivillus

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2


1ER
ANIVERSARIO
... nuestra primera mirada, nuestra primera caricia, nuestro primer abrazo,
nuestro primer día de colegio, nuestro primer profesor,
nuestro primer amigo, nuestro primer amor, nuestro primer beso,
nuestro primer día de trabajo, nuestra primera vez,
nuestro primer hijo, nuestro primer libro...
gracias a todos por haber creado este sitio especial
gracias a todos por hacernos más libres
gracias a todos por este primer año de EPL
EDICIÓN CONMEMORATIVA
WWW.EPUBLIBRE.ORG

Indigno de ser humano

Vi tres fotografías de aquel hombre. La primera podría decirse que era de su infancia, tendría unos diez años. Estaba rodeado de un gran número de mujeres —imagino que serían sus hermanas y primas—, de pie, a la orilla de un estanque de jardín, vestido con un *hakama*[1] de rayas ralas. Tenía la cabeza inclinada hacia la izquierda unos treinta grados y mostraba una desagradable sonrisa. ¿Desagradable? Tal vez las personas poco sensibles a los asuntos de belleza comentarían con indiferencia: «¡Qué niño tan gracioso!».

Aunque, de hecho, era suficientemente «gracioso» como para que este vago cumplido dirigido al rostro del niño no pareciera fuera de lugar, alguien con sólo un poco de sentido estético exclamaría: «¡Qué niño tan horrible!» a la primera mirada y quizá apartaría de un manotazo la fotografía con repugnancia, como quien ahuyenta una oruga.

Desde luego, cuanto más se mirase el rostro sonriente del niño, más producía una indescriptible impresión siniestra. En realidad, no era un rostro sonriente. El niño no sonreía en absoluto. Una prueba era que tenía los puños apretados. Nadie puede sonreír con los puños cerrados con fuerza. Era un mono. El rostro sonriente de un mono, todo arrugado. Era un rostro tan raro que daban ganas de exclamar: «¡Qué chiquillo tan arrugado!»; tan repugnante que revolvía el estómago. Jamás he visto a un niño con una expresión tan extraña.

El rostro en la segunda fotografía era tan diferente que causaba sorpresa. Era de la época de estudiante. No se podía apreciar si de secundaria o ya estaba en la universidad, pero era un muchacho extraordinariamente apuesto. Mas, de nuevo, acontecía algo extraño: no daba la impresión de tratarse de un ser vivo. Iba vestido con un uniforme, de cuyo bolsillo delantero asomaba un pañuelo blanco, y estaba sentado en un sillón de mimbre con las piernas cruzadas. También sonreía, pero esta vez no era el rostro arrugado de un mono sino que mostraba una sonrisa inteligente. Sin embargo, era distinta a la sonrisa de un ser humano. ¿Cómo decirlo? Le faltaba el peso de la sangre, la aspereza de la vida. No producía el efecto de tener sustancia; no tenía ni el peso de un pájaro, apenas el de una pluma. Era una simple hoja de papel blanco con una sonrisa por completo artificial. Utilizar los adjetivos pedante, frívolo, falso, sería poco. Y, por supuesto, tampoco servía el término dandismo. No obstante, mirándolo bien, este guapo estudiante producía una sensación horripilante, de mal agüero. Nunca he visto a un muchacho tan bien parecido con un aspecto tan peculiar.

La última fotografía era la más horrible de todas. No se podía adivinar su edad, aunque parecía tener algunas canas. Estaba en una habitación muy deteriorada; se veía con claridad que la pared se estaba desmoronando en tres lugares. Esta vez no sonreía, ni tampoco tenía expresión alguna. Sentado en una esquina, se calentaba las manos en un pequeño brasero. La fotografía producía la impresión lúgubre de que estaba muriendo. Era espeluznante. Y no sólo esto. El tamaño del rostro en la imagen me permitió observar sus facciones con detalle; la frente era normal y sus arrugas también, así como las cejas, los ojos, la nariz y la barbilla. Aaah…, no era sólo que el

rostro no tuviera expresión; tampoco producía ningún tipo de impresión. No poseía características propias. Al cerrar los ojos después de ver la fotografía, el rostro desaparecía de mi memoria. Podía recordar la pared y el pequeño brasero; pero la impresión del rostro se había borrado y no había manera de recordarla. Nunca podría pintarse un retrato de él. Tampoco hacerse una caricatura. Ni siquiera existiría la satisfacción de, al abrir los ojos, poder exclamar: «¡Ah, era así el rostro!». Para expresarlo de la forma más extrema, al abrir los ojos y observarlo de nuevo, tampoco conseguía reconocerlo. Me resultaba fastidioso, irritante hasta el punto de hacerme apartar la mirada.

Incluso una máscara de muerte sería más expresiva y causaría más impresión. Me pregunté si el colocar la cabeza de un caballo de carga sobre un cuerpo humano produciría una sensación tal. En fin, mirarlo me provocaba un escalofrío de repugnancia. Nunca hasta entonces había visto un rostro humano tan extraño.

Primer cuaderno de notas

Mi vida ha estado llena de vergüenza. La verdad es que no tengo la más remota idea de lo que es vivir como un ser humano. Como nací en provincias, en Tohoku, la primera vez que vi un tren ya era bastante mayor. Me dediqué a subir y bajar, una y otra vez, el puente elevado de la estación, sin que se me ocurriera que lo habían construido para cruzar las vías; me parecía que su función era dotar a la estación de un lugar de diversión de tipo occidental. Eso pensé durante mucho tiempo. Me lo pasaba estupendamente subiendo y bajando el puente, que era para mí una diversión de lo más elegante y el mejor servicio que ofrecía la compañía de ferrocarriles. Cuando me enteré de que no era más que un medio para que los viajeros cruzaran al otro lado, mi interés se desvaneció.

También, cuando de pequeño había visto ilustraciones del metro, pensaba que era un juego la mar de entretenido y no me cabía en la cabeza que sólo sirviera para transportar personas.

Yo era un niño enfermizo, que con frecuencia debía guardar cama. Cuando me tocaba estar acostado, solía pensar en lo aburridos que eran los estampados de las fundas de los edredones y las almohadas. Hasta los veinte años no supe que estas fundas tenían sólo un uso práctico y me desmoralizó lo sombría que era el alma humana.

Nunca pasé hambre. No quiero decir con esto que me criara en una familia próspera; no tengo una intención tan estúpida. Me refiero a que nunca conocí la sensación de hambre. Parece una expresión un poco rara, pero aunque tuviera hambre no me daba cuenta. Cuando volvía del colegio, la gente de casa daba por supuesto que tendría mucho apetito. Ya de más mayor, en la escuela secundaria, recuerdo que me ofrecían jalea de soja, bizcocho o pan, organizando un revuelo. Dejándome llevar por mi tendencia a complacer, balbuceaba que tenía hambre y me tragaba diez dulces de jalea de soja, preguntándome sin entender cómo sería la sensación de tener hambre.

Por supuesto, como bastante; pero no recuerdo haberlo hecho nunca por hambre. Me gusta comer cosas especiales y lujosas. Cuando estoy invitado, me lo como casi todo, aunque me cueste un esfuerzo. En realidad, de pequeño los momentos más duros del día eran las comidas.

En mi casa, en provincias, toda la familia —éramos unos diez— comía junta, con nuestras mesillas individuales alineadas en dos hileras paralelas frente a frente. Como yo era el último hermano, me tocaba el asiento de menor rango.

En la semipenumbra de la sala y en silencio total, almorzaban y hacían las demás comidas unas diez personas. Esto siempre me produjo una sensación de frío. Debido a que éramos una familia tradicional de campo, los platos de acompañamiento siempre eran de lo más austero, y no cabía esperar nada especial ni lujoso.

Con el paso del tiempo, creció mi horror por las horas de las comidas. Sentado en el peor lugar de esa habitación oscura y temblando de frío, empujaba boca adentro un pequeño bocado tras otro mientras me preguntaba por qué las personas tenían que

comer tres veces al día.

Todos comían con la mayor seriedad. Llegué a pensar que era una especie de ceremonia familiar, celebrada tres veces al día: a la hora determinada, nos reuníamos todos en la habitación mal iluminada ante las mesillas alineadas en orden y, con o sin ganas de comer, masticábamos los alimentos en silencio, quizá para apaciguar a los espíritus que pululaban por allí.

Suele decirse que si no se come, se muere; pero a mis oídos esto suena como una intimidación maligna. Esta superstición —hasta ahora no he dejado de pensar que de eso se trate— siempre me produce inquietud y temor. Si las personas no comen, mueren; y por lo tanto están obligadas a trabajar para comer. Para mí, no había nada que sonase más difícil de entender y más amenazador que esas palabras.

Podría decirse que todavía no he comprendido lo que mantiene vivo al ser humano. Por lo que parece, mi concepto de la felicidad está en completo desacuerdo con el del resto de las personas, y la intranquilidad que genera me hace dar vueltas y gemir por las noches en mi cama. Incluso ha llegado a afectarme la razón. Me pregunto si soy feliz. Desde pequeño me han dicho muchas veces que soy afortunado; pero mis recuerdos son de haber vivido en el infierno. Esos que me tildaron de dichoso, al contrario, parecen haber sido incomparablemente más felices, que yo.

He pasado por tantos infortunios que uno solo de ellos podría terminar más que de sobra con la vida de cualquiera. Hasta eso he llegado a pensar. La verdad es que no puedo comprender ni imaginar la índole o grado del sufrimiento de los demás. Quizá los sufrimientos de tipo práctico, que puedan mitigarse con una comida, tienen solución y por eso mismo sean los menos dolorosos. O puede tratarse de un infierno eterno en llamas que supere mi larga lista de sufrimientos; pero esto los hace todavía más incomprensibles para mí.

Mas, si pueden seguir viviendo sin matar o volverse locos, interesados por los partidos políticos y sin perder la esperanza, ¿se puede llamar a esto sufrimiento? Con su egoísmo, convencidos de que así deben ser las cosas, sin haber dudado jamás de sí mismos. Si este es el caso, el sufrimiento es muy llevadero. Quizá así sea el ser humano, y esto es lo máximo que podamos esperar de él. No lo sé…

Después de dormir profundamente, supongo que se levantarán refrescados. ¿Qué sueños tendrán? ¿Qué pensarán cuando caminan por la calle? ¿En dinero? ¡No puede ser sólo esto! Creo recordar haber oído la teoría de que el ser humano vive para comer, pero nunca he escuchado a nadie decir que viviera para ganar dinero. Desde luego que no. Pero en ciertas circunstancias… No, tampoco lo entiendo. Cuanto más pienso, menos entiendo. Me persigue la inquietud y el miedo de sentirme diferente a todos. Casi no puedo conversar con los que me rodean. No sé qué decir, ni cómo decirlo.

Así es cómo se me ocurrieron las bufonadas. Era mi última posibilidad de ganarme el afecto de las personas. Pese a que temía tanto a la gente, al parecer era incapaz de renunciar a ella. Y esas bufonadas fueron la única línea que me unía a los

demás. Mientras que en la superficie mostraba siempre un rostro sonriente, por dentro mantenía una lucha desesperada, que no daba fruto más que en el uno por mil, para ofrecer ese agasajo.

Desde pequeño, ni siquiera tenía la menor idea de los sufrimientos de mi propia familia o de lo que pensaba. Sólo estaba bien al corriente de mis propios miedos y malestares. En algún momento, me convertí en un niño que nunca podía decir la verdad. En las fotos familiares, todos ponían unas caras de lo más serias. Es extraño, tan sólo yo aparecía sonriente. Era una más de mis habituales bufonadas infantiles.

Nunca respondí a ninguna reprimenda de mi familia. Estaba convencido de que era la voz de los dioses que me llegaba desde tiempos ancestrales. Al escucharla, sentía que iba a perder la razón; y, por supuesto, no estaba en condiciones de contestar, ni mucho menos. Esas voces me parecían «la verdad», procedente de muchos siglos atrás.

Y como yo no tenía la menor idea de cómo actuar respecto a esa verdad, comencé a pensar que no me era posible vivir con otros seres humanos. Por eso, no podía discutir ni defenderme. Cuando alguien decía algo desagradable de mí, me parecía que estaba cometiendo un craso error. Sin embargo, siempre recibía esos ataques en silencio; aunque, por dentro, me sentía enloquecer de pánico. Desde luego, a nadie le gusta que le critiquen o se enojen con él.

Por lo general, las personas no muestran lo terribles que son. Pero son como una vaca pastando tranquila que, de repente, levanta la cola y descarga un latigazo sobre el tábano. Basta que se dé la ocasión para que muestren su horrenda naturaleza. Recuerdo que se me llegaba a erizar el cabello de terror al pensar en que este carácter innato es una condición esencial para que el ser humano sobreviva. Al pensarlo, perdía cualquier esperanza sobre la humanidad.

Siempre me había dado miedo la gente y, debido a mi falta de confianza en mi habilidad de hablar o actuar como un ser humano, mantuve mis agonías solitarias encerradas en el pecho y mi melancolía e inquietud ocultas tras un ingenuo optimismo. Y con el tiempo me fui perfeccionando en mi papel de extraño bufón.

No me importaba cómo; lo importante era conseguir que se rieran. De esta forma, quizá a los humanos no les importara que me mantuviera fuera de su vida diaria. Lo que debía evitar a toda costa era convertirme en un fastidio para ellos. Debía ser como la nada, el viento, el cielo. En mi desesperación, no sólo me dedicaba a hacer reír a mi familia sino también a los sirvientes, que temía aún más porque me resultaban incomprensibles.

Cierta vez, en pleno verano, me paseé por los pasillos supuestamente ataviado con un suéter rojo bajo mi ligero kimono y todos se murieron de risa.

—Yochan[2], te sienta fatal —dijo entre carcajadas mi hermano mayor, que casi nunca se reía, en un repelente tono cariñoso.

Incluso yo no soy tan insensible al frío y al calor como para ponerme un suéter en los días más calurosos. Me había puesto unas polainas de mi hermana menor, de

modo que asomasen por las mangas del kimono y pareciera que llevara un suéter.

Mi padre solía viajar a Tokio por negocios con tal frecuencia que hasta tenía una residencia en Sakuragicho, en el barrio de Ueno. Solía pasar más de medio mes en esa casa y cuando regresaba traía un montón de regalos para la familia y los parientes. Era algo que le encantaba hacer.

Cierta noche, antes de partir a Tokio, nos reunió a todos los niños en la sala de visitas y, entre sonrisas, nos preguntó a cada uno qué queríamos que nos trajera, anotándose la respuesta en la agenda. No era habitual que fuese tan afectuoso con nosotros.

—¿Y tú Yozo? —preguntó.

Yo me quedé balbuceando y no pude responder.

Como me preguntó de repente qué quería, lo primero que se me ocurrió es que no quería nada. Me pasó por la cabeza que tanto daba; de todas maneras, nada me causaría alegría. Pero, al mismo tiempo, no era capaz de rechazar algo que me ofrecieran por más contrario que fuese a mis propios gustos. Cuando algo no me gustaba, no podía decirlo a las claras; y cuando algo me gustaba, lo aceptaba con timidez, como si fuera un ladrón, con expresión de disgusto, presa de un terror indescriptible. En suma, que no podía elegir entre dos alternativas. Esta fue una de mis características que, más adelante, se convirtió en la principal causa de mi vida vergonzosa.

Mientras estaba allí, callado y vacilante, mi padre pareció un poco disgustado.

—Podría ser un libro, ¿no? O si no una máscara de león, de las que se usan para las danzas de Año Nuevo. En las tiendas de Asakusa venden unas para niño a precios razonables. ¿No quieres una?

Me preguntó si quería algo, mas no supe qué decir. Ni me salió ninguna respuesta graciosa. El bufón había fracasado.

—Estaría bien un libro, ¿no? —intervino mi hermano con la expresión seria.

—¿Ah, sí? —dijo mi padre con la ilusión totalmente desvanecida del rostro y cerró bruscamente la agenda sin tomarse la molestia de anotar nada.

Vaya desastre. Había causado que mi padre se enojara y seguro que debía temer su venganza. Tenía que hacer algo antes de que fuese demasiado tarde. Esa noche, temblando bajo el edredón, me devané los sesos para encontrar una solución. Al final, me levanté, entré en la sala de visitas, abrí el cajón del escritorio donde mi padre guardaba la agenda, la abrí y pasé las páginas hasta encontrar donde tenía anotados los pedidos de regalos. Lamí la punta de un lápiz, anote «máscara de león» y volví a la cama.

De hecho, no deseaba en absoluto la máscara para la danza del león; incluso hubiera preferido un libro. Pero me había dado cuenta de que mi padre quería comprarme una máscara de león y, como quería que recuperase su buen humor, me había aventurado en plena noche a entrar subrepticiamente en la sala de visitas.

Esta medida de emergencia resultó recompensada por el éxito, tal como esperaba.

Cuando mi padre volvió de Tokio, oí desde la habitación de los niños su vozarrón mientras se lo contaba a mi madre: «Estaba en una de las tiendas de juguetes de Asakusa y abrí la agenda; alguien había escrito "máscara de león". Y no era mi letra. Me quedé de lo más extrañado, aunque enseguida caí en la cuenta. Era una travesura de Yozo. Al volver, le pregunté y se quedó callado, riéndose nervioso. Seguro que se moría de ganas de tenerla. ¡Vaya chiquillo más raro! Simula que no le interesa nada para después ir a escribir con toda claridad lo que quiere. Si deseaba tanto la máscara, ¿por qué no me lo dijo desde el principio? ¡Me puse a reír en medio de la tienda! Anda, dile que venga».

Cierta vez reuní a los sirvientes en la habitación occidental y pedí a uno de los criados que aporreara como le viniera en gana las teclas del piano —pese a que vivíamos en provincias, nuestra casa tenía las comodidades propias de la ciudad— y, al ritmo de esa música, ejecuté una especie de danza india que hizo revolcarse de risa a todos. Uno de mis hermanos tomó una foto de mi representación. Cuando la vimos, resultó que entre los dos pañuelos de hacer fardos de algodón blanco, que me había colocado a modo de taparrabos, asomaba mi pequeño pene, lo que de nuevo fue causa de gran regocijo. Podría decirse que esto fue un éxito muy por encima de mis expectativas.

Por aquel entonces, estaba suscrito a una decena de revistas infantiles mensuales y, además, solía encargar de Tokio toda clase de libros. Me convertí en un entusiasta del doctor Mencharakuchara[3] y del doctor Nanjamonja[4] y conocí historias espeluznantes, aventuras, cuentos cómicos y cancioncillas de Edo[5], que representaba con la mayor seriedad, causando que todos en casa se murieran de risa.

Pero ¿y la escuela? Parecía que me estaba ganando el respeto de todos. Aunque el hecho de que me respetaran me causaba un cierto pánico. Mi idea de alguien respetado consistía en una persona que había logrado engañar casi a la perfección a los demás pero que, al ser visto por un ser omnisciente e omnipotente, era humillado en una vergüenza peor que la muerte. Incluso si engañase a los seres humanos para que me respetaran, alguno de ellos se daría cuenta; y cuando les contara a los demás el engaño, entonces la ira de los humanos daría lugar a alguna horrible venganza. Sólo de pensarlo se me ponían los pelos de punta.

Esta fama en la escuela secundaria obedeció más que a ser hijo de una familia acomodada a que, supuestamente, tuviera talento. De pequeño era enfermizo, de manera que con frecuencia perdía un mes o dos de clases, o incluso un curso entero por estar en cama. Sin embargo, cuando estaba convaleciente e iba a la escuela en un *rikisha*[6] para hacer los exámenes de fin de año, siempre sacaba las mejores notas.

Cuando me sentía bien, no estudiaba en absoluto. Me pasaba las clases dibujando historietas, que en los descansos explicaba a los compañeros para hacerles reír. En las composiciones sólo escribía tonterías, por lo que los maestros me llamaban la atención, aunque no conseguían enmendarme. La razón es que yo sabía que, en secreto, se lo pasaban de lo lindo leyendo esas historias absurdas. Cierta vez escribí

que mi madre me llevó a Tokio en tren y, por equivocación, oriné en una de las escupideras del pasillo; no es que no supiera para qué servían las escupideras, lo que ocurrió es que me hice el inocente. Sabía que el maestro lo iba a encontrar divertidísimo, por lo que le seguí sigilosamente en su camino a la sala de profesores. Vi que sacaba mi composición entre las de varias clases y se la leía por el pasillo sin poder contener la risa. Al llegar a la sala de profesores y terminar la lectura, estalló en tremendas carcajadas, poniéndose colorado como un tomate, y se la pasó a los demás maestros. Me sentía satisfecho a más no poder. ¡Qué travieso!

Había conseguido que me tomaran por un niño travieso. Había evitado con éxito que me respetaran. Siempre sacaba sobresaliente en todo, excepto en conducta, donde no lograba más que un aprobado, lo que, a su vez, causaba gran regocijo a mi familia.

Sin embargo, mi verdadero carácter era completamente opuesto al de un niño travieso. Por aquel entonces, los criados ya me habían enseñado algo lamentable; me habían hecho perder la castidad. Incluso ahora pienso que hacerle eso a un niño es el más perverso y cruel de todos los delitos. Pero no se lo conté a nadie. Sonreí débilmente, pensando que esto me permitía conocer un nuevo aspecto del ser humano. Si hubiera tenido la costumbre de contar las cosas tal como eran, quizá me hubiese atrevido a acusarles ante mis padres; pero lo cierto es que no los comprendía. No podía esperar que nadie me ayudara. Si se lo hubiera contado a mi padre, a mi madre, a la policía, a las autoridades o a cualquiera que tuviese poder en el mundo, tal vez me hubieran abrumado con excusas bien vistas por la sociedad. Está claro que existe el favoritismo, y estoy seguro de que acusar a los criados hubiera sido en vano. Por eso, mantuve oculta la verdad y continué haciendo el bufón.

«¿Eh, no tienes fe en el ser humano? Por cierto, ¿cuándo te hiciste cristiano?», quizá alguien me pregunte burlándose. Pero no creo que la desconfianza en el ser humano tenga que surgir por motivos religiosos. ¿No es cierto que estas personas, incluidas las que se burlan de mí, viven tan tranquilas en la mutua desconfianza, sin que la existencia de Dios se les pase por la cabeza?

Esto ocurrió cuando era pequeño. Un político muy conocido del partido al que pertenecía mi padre vino a nuestro barrio para pronunciar un discurso. Los sirvientes me acompañaron al teatro donde iba a celebrarse la reunión. La sala estaba abarrotada, y la mayoría de los presentes, conocidos de mi padre, aplaudieron con entusiasmo. Cuando terminó el discurso, los asistentes salieron en grupos de tres o cinco a la calle nevada ya oscura echando pestes. Algunas voces eran de amigos particularmente cercanos a mi padre. Comentaban que mi padre había sido de lo más torpe al presentar al político y que no hubo modo de comprender el discurso de este. Sin embargo, una vez en la sala de visitas de nuestra casa, dijeron con genuina alegría en el rostro que el discurso había sido un auténtico éxito. Cuando mi madre preguntó a los sirvientes qué tal había sido ese discurso, repusieron con la mayor frescura que había sido muy interesante; mientras que, en realidad, en el camino de vuelta no habían parado de refunfuñar, diciendo que lo más aburrido en el mundo era un

discurso político.

Pero esto no es más que un pequeño ejemplo. Las personas se engañan unas a otras del modo más natural y, sorprendentemente, sin resultar lastimadas. Parecen no darse ni cuenta de la superchería. Creo que su vida está llena de ejemplos nítidos, puros y claros de desconfianza. No obstante, a nadie parece preocuparle este intercambio de falsedades. Yo mismo engaño a los demás desde la mañana a la noche con mis bufonerías. No tengo el menor interés en eso que los libros de texto llaman moral. Me cuesta entender que el ser humano viva o quiera vivir con pureza, claridad y felicidad en medio de toda esta mentira mutua. Nunca me han explicado la razón de esta habilidad. Si lo hicieran, quizás me librarían del terror que siento por ellos o de mis representaciones desesperadas. O quizá también de mi enfrentamiento con ellos y del infierno que experimentaba todas las noches. En suma, no había evitado contar sobre el odioso delito de los criados debido a la desconfianza en el ser humano ni, por supuesto, al cristianismo. Creo que fue porque ellos cerraron con firmeza la cascara de la confianza a ese pequeño Yozo. Hasta mis propios padres se comportaron de una forma incomprensible para mí.

Años después, muchas mujeres fueron capaces de detectar el olor de la soledad que nunca había mostrado a nadie, y me da la impresión de que esta fue la causa de que abusaran de mí. De hecho, las mujeres me consideraron un hombre capaz de guardar un secreto de amor.

Segundo cuaderno de notas

A la orilla del mar, tan cerca que podría parecer que allí mismo rompían las olas, crecía una hilera de más de veinte enormes cerezos silvestres de tronco negruzco. Cada abril, cuando comenzaba el curso, los cerezos abrían sus espléndidas flores, junto con las hojas nuevas de color verde pardo y apariencia húmeda, que se recortaban contra el azul del mar. Después caían los pétalos como una tormenta de nieve, se esparcían sobre el agua, se quedaban flotando como pálidas incrustaciones de nácar y volvían a la arena. Esa playa era la zona de recreo de la escuela secundaria donde estudiaba, en la región de Tohoku. Pese a que no había preparado como era debido el examen de ingreso, logré que me aceptaran. La gorra y los botones del uniforme lucían como emblema una flor de cerezo estilizada.

Cerca de la escuela se encontraba la casa de unos parientes lejanos. Esta fue una de las razones por las que mi padre había elegido esta escuela de los cerezos junto al mar. Yo quedé a cargo de esta familia, cuya casa estaba tan próxima que, incluso saliendo después de oír la campana matinal, podía llegar a tiempo a clase. Era un estudiante bastante perezoso; sin embargo, mi bufonería hizo que cayera bien a mis compañeros.

Por primera vez, vivía en un lugar distinto a mi vieja casa natal, y se me hacía mucho más agradable. Quizá en parte se debiera a que había perfeccionado mi bufonería y ya no me costaba prácticamente esfuerzo alguno; pero también influía el cambio de hacerlo ante parientes o extraños, en el propio lugar o en otro distinto. La diferencia de representar en ambos lugares sería significativa hasta para un genio o el propio Jesucristo. Para un actor, el escenario más duro es el teatro de su propia ciudad. Imagino que, incluso para alguien con talento, es imposible hacer una buena actuación ante todos los parientes reunidos en una sala. Pero yo lo conseguí y, además, con notable éxito. Con tal experiencia, era imposible fallar en un lugar ajeno.

Quizá, en el fondo de mi corazón, se había incrementado el miedo ante el ser humano, pero era capaz de representar el papel elegido con creciente soltura. En el aula, podía hacer que todos se rieran en cualquier momento y, aunque el maestro se quejaba de que sólo sería posible dar una buena clase si yo no estuviera, lo cierto es que tenía que colocarse la mano ante la boca para ocultar que se le escapaba la risa. Hasta podía hacer estallar en carcajadas al instructor de prácticas militares, que tenía una estentórea voz de bárbaro.

Cuando ya empezaba a relajarme, convencido de haber logrado la identidad deseada, recibí una puñalada por la espalda. Como suele acontecer, el agresor era el más debilucho de la clase, de rostro pálido e hinchado, y vestido con ropas tan holgadas como un antiguo cortesano, prueba irrefutable de que las había heredado de su padre o de algún hermano. Para redondear, era un desastre en todos los estudios y tan torpe en ejercicios militares o gimnasia que todos lo tenían casi por un perfecto idiota. Hasta yo no me di cuenta de la necesidad de estar alerta contra él.

Cierto día, a la hora de gimnasia, ese muchacho —creo recordar que se llamaba Takeichi—, ese tal Takeichi, estaba observando cómo hacíamos ejercicios en las

barras. Con la expresión de tratar de hacerlo lo mejor posible, me lancé a la barra con un grito. Pero pasé de largo y caí sentado en la arena con un sonoro golpetazo. Era un fallo premeditado, pero todos se murieron de risa y yo me levanté con una sonrisa compungida, sacudiéndome la arena de los pantalones. Fue entonces cuando Takeichi se me acercó por la espalda y me dijo en voz muy baja: «Lo has hecho a propósito».

Me quedé temblando. Si alguien hubiera podido darse cuenta de que fallé a propósito, nunca se me hubiera ocurrido que fuera Takeichi, precisamente. Durante unos momentos, me pareció que el mundo había quedado envuelto en las llamas del infierno y tuve que hacer un gran esfuerzo para no dar un grito enloquecido.

Pasé los días siguientes sumido en la inquietud y el miedo. En la superficie continuaba, como siempre, haciendo reír con mi infeliz bufonería; pero, de repente, se me escapaban unos suspiros sofocados. Hiciera lo que hiciese, Takeichi descubría mis intenciones; seguro que pronto me pondría en evidencia ante toda la escuela. Sólo de pensarlo, se me cubría la frente de sudor y me ponía a echar miradas a mi alrededor con la extraña expresión de un loco. No me hubiera separado de Takeichi desde la mañana hasta la noche, para asegurarme de que no divulgara mi secreto. Pensé en consagrarle mi tiempo, a fin de convencerle de que mi bufonería no era forzada sino genuina; si fueran las cosas bien, me convertiría en su mejor amigo; pero, si fuera imposible, no me quedaría más remedio que rezar para que muriera. Por supuesto, no deseaba matarle. En toda mi vida, muchas veces he deseado ser asesinado, aunque ni una sola he pensado en quitar la vida a nadie. Será porque, al contrario, deseo hacer felices a las demás personas.

Para ganarme a Takeichi, opté por la amable sonrisa cristiana, con el cuello inclinado treinta grados a la izquierda, y por rodearle levemente los escuálidos hombros hablándole con fingida dulzura cuando le invitaba a mi casa. Pero él se quedaba siempre callado, con una expresión indefinida. Cierto día, creo recordar que fue a principios de verano, comenzó a llover a cántaros después de que se terminaran las clases. Los compañeros parecían no saber cómo arreglárselas para volver a casa. Como la mía estaba muy cerca, me dispuse a llegar en una corrida. Entonces, junto a la estantería del calzado, vi a Takeichi que estaba de pie con aspecto decaído y le propuse que me acompañara a casa, que le prestaría un paraguas. Como vacilaba, le tomé de la mano y salimos corriendo bajo la lluvia. Al llegar, le pedí a mi tía que secase nuestras chaquetas y así logré llevármelo a mi habitación, en la primera planta.

En esa casa vivían mi tía, que había pasado de los cincuenta, una prima de unos treinta años, con gafas, alta y de aspecto enfermizo —se había casado, pero regresó a su hogar materno— y otra que había terminado la escuela secundaria poco tiempo atrás. No se parecía en nada a su hermana, ya que era bajita y con un rostro redondo. En la planta baja de la casa había una pequeña papelería, que también vendía algunos artículos de deporte. Sin embargo, la fuente principal de ingresos de la familia eran las rentas de seis viviendas que había dejado mi fallecido tío.

—Me duelen los oídos —dijo Takeichi, de pie en mi habitación.

—¿Será porque te entró agua con la lluvia?

Cuando eché una mirada, ambas orejas mostraban síntomas de una espantosa otorrea. Tenían tanto pus que parecía estar a punto de desbordarse por los lóbulos.

—¡Qué barbaridad! ¡Con razón te duele! —exclamé, exagerando a propósito, y añadí con palabras bondadosas como las de una mujer—: Perdona que te haya arrastrado a venir bajo esa lluvia.

Bajé para buscar algodón y alcohol. Entonces acomodé la cabeza de Takeichi sobre mis rodillas y le desinfecté los oídos con esmero. Ni él se dio cuenta de que todo era un montaje hipócrita.

—Seguro que muchas mujeres se enamorarán de ti —dijo con la cabeza en mi regazo.

Fue un cumplido vacío, pero resultó una profecía diabólica, como nunca hubiera podido imaginar ese Takeichi. Que se enamoraran de mí o que yo me enamorara de ellas… Qué impresión tan vulgar y burlesca me producían estas palabras; mas, al mismo tiempo, cuánta complacencia. Por más solemne que fuera el momento, al aparecer alguna de esas palabras, se desmoronaban los templos de la melancolía y quedaba un sentimiento de vacío. Aunque, curiosamente, si se reemplazara la expresión «el problema de que se enamorasen de uno» por la más literaria de «la inquietud de ser amado», los templos de la melancolía se podrían mantener a salvo.

Takeichi me obsequió con el estúpido elogio de que «muchas mujeres se enamorarían de mí» porque tuve la amabilidad de limpiar el pus de sus oídos. En ese momento, me ruboricé y me limité a sonreír en silencio, aunque ya tenía una leve idea de que podría tener razón. Pero usar esa expresión causaba un efecto simplón de galancillo de teatro, muy distinto de mis premoniciones.

A mí siempre me costó mucho menos entender a los hombres que a esa clase de ser humano llamado mujer. En mi casa, las mujeres siempre fueron más numerosas que los hombres; lo mismo ocurría entre mis parientes cercanos, y también fue una mujer la sirvienta del delito. Cuando era pequeño solía jugar sólo con niñas, pero no creo exagerar si digo que me relacionaba con ellas con la cautela de quien anda sobre una fina capa de hielo. No podía entenderlas. Andaba totalmente a oscuras en lo que a ellas se refería y, a veces, como si hubiera pisado la cola de un tigre, terminaba con penosas heridas. Al contrario de lo que sucede con las causadas por el látigo de un hombre, esas heridas eran profundas y dolorosas, como si de una hemorragia interna se tratase, y resultaban muy difíciles de curar.

Las mujeres me atraían hacia ellas, sólo para dejarme tirado después. Cuando había gente delante me trataban con desprecio y frialdad, sólo para abrazarme con pasión al quedarnos solos. También me di cuenta de que las mujeres duermen con tanta profundidad como si estuvieran muertas; me pregunto si no viven para dormir. Estas y otras observaciones las hice siendo un niño, llegando a la conclusión de que parecen una raza totalmente distinta de los hombres. Y lo más raro es que estos seres incomprensibles, con los que hay que andarse con tiento, siempre me han protegido.

No he dicho «enamorarse de mí» o «amarme». Esto no se correspondería con la realidad. Quizá sea más exacto decir que «me han protegido».

Además, me siento más cómodo haciendo las bufonerías ante mujeres. Los hombres no van a reír mucho tiempo de mis representaciones. Sé que, si con el entusiasmo del momento se me va la mano, la cosa terminará mal; por eso, pongo extremo cuidado con parar en el punto justo. Pero las mujeres no conocen la moderación. Por más que prolongue mi bufonería, me piden más y más hasta dejarme agotado. Hay que ver cómo se ríen. Está claro que las mujeres saben disfrutar de los placeres más que los hombres.

Las hermanas de la casa donde vivía cuando estudiaba secundaria solían visitarme a mi habitación en sus ratos libres. Cada vez que llamaban me daban un sobresalto considerable.

—¿Estás estudiando?

—No, qué va —decía con una sonrisa, cerrando el libro—. ¿Sabéis qué? Hoy en la escuela, el maestro de geografía, apodado Kombo…

Y me lanzaba a contar historias divertidas, sin relación alguna con lo que tenía en la mente.

Cierta noche, ambas vinieron a mi habitación y, después de hacerme representar mis bufonerías un buen rato, la menor me dijo:

—Yochan, pruébate las gafas.

—¿Para qué?

—Tanto da, pruébatelas. Anda, toma las gafas de Anesa[7].

Solían hablar con brusquedad, como si dieran una orden. El bufón se puso dócilmente las gafas. Enseguida, las dos se comenzaron a morir de risa.

—¡Pero si es igualito a Harold Lloyd! ¡Idéntico!

En esa época, este actor extranjero tenía mucho éxito en Japón.

—Señoras y caballeros —comencé, levantándome y alzando una mano para saludar—, quisiera agradecer a mis admiradores japoneses…

Las hermanas se desternillaban. A partir de ese día, siempre que llegaba una película de Harold Lloyd al cine local la iba a ver y estudiaba en secreto sus expresiones.

Una tarde de otoño, cuando estaba leyendo en la cama, Anesa entró veloz como un pájaro a mi habitación y se dejó caer llorando sobre el edredón.

—Me vas a ayudar, ¿verdad, Yochan? ¿A que sí? Nos marcharemos juntos de esta casa, ¿vale? Ayúdame, ayúdame, por favor —dijo con desespero, poniéndose a llorar de nuevo.

No era la primera vez que una mujer se mostraba así conmigo. Por eso, no me asusté ante las palabras exaltadas de Anesa; más bien me aburrió su vacuidad y falta de sustancia. Me levanté, tomé un caqui de encima del escritorio, lo pelé y le di un pedazo.

—¿No tienes algún libro interesante para prestarme? —dijo, comiéndose el caqui

entre sollozos.

Saqué de mi estantería *Soy un gato*, de Natsume Soseki.

—Gracias por el caqui —dijo, sonriendo un poco avergonzada, y salió de la habitación.

No ha sido sólo con Anesa. Comprender los sentimientos de cualquier mujer es más complicado y desagradable que estudiar las emociones de una lombriz. Según mi experiencia, que viene de cuando era niño, cuando una mujer se pone a llorar de repente, lo mejor es ofrecerle algún dulce y enseguida mejora su humor.

Su hermana menor, Secchan, solía traer a sus amigas a mi habitación y, como era mi costumbre, me ocupaba de divertirlas a todas por igual. Cuando se marchaban, Secchan las criticaba sin falta diciendo que no eran buenas muchachas y que tuviera cuidado. Si era así, ¿por qué se molestaba en invitarlas? En todo caso, a causa de ella mis visitantes eran casi siempre mujeres.

Sin embargo, esto no significa que se hubiera comenzado a cumplir el elogio de Takeichi de que las mujeres se enamorarían de mí. Ni mucho menos. Yo no era más que el Harold Lloyd de Tohoku. Las palabras ignorantes de Takeichi, esa profecía horrible, todavía tardarían bastantes años en cumplirse, tomando vida de una forma desafortunada.

Takeichi me hizo otro regalo valioso.

—Mira, ¡el retrato de un fantasma! —exclamó un día, mostrándome una lámina de colores al entrar en mi habitación.

«¿Qué es esto?», pensé. En ese momento me estaba mostrando el camino de escape, como supe muchos años después. Yo conocía la imagen. No se trataba más que del conocido autorretrato de Van Gogh. Cuando era pequeño, la escuela impresionista francesa estaba muy de moda en Japón. Nuestro aprendizaje de arte occidental solía comenzar por esos trabajos. Incluso una escuela secundaria de provincias tenía reproducciones de cuadros de Van Gogh, Gauguin, Cézanne y Renoir, entre otros. Yo había visto muchas de estas pinturas. Conocía bastantes obras de Van Gogh y recuerdo haber encontrado interesante el uso tan vivo de los colores; pero nunca se me pasó por la cabeza que fueran pinturas de fantasmas.

—¿Qué te parecen estas? ¿También son fantasmas? —dije, mostrándole un libro de láminas de Modigliani, con mujeres desnudas de piel bronceada, que acababa de sacar de mi estantería.

Takeichi abrió los ojos admirado.

—¡Anda! Parecen los caballos del infierno.

—Ya. O sea que fantasmas…

—Me gustaría dibujar a fantasmas como estos.

Las personas que temen a otros seres humanos desean ver espectros de apariencia todavía más horrible; las que son nerviosas y se asustan con facilidad, rezan para que la tormenta sea lo más violenta posible; y ciertos pintores, que han sufrido a causa de unos fantasmas llamados seres humanos, acaban creyendo en cosas fantásticas y

viendo espectros en pleno día, en medio de la naturaleza. Pero ellos no se dedican a engañar con bufonerías, se esfuerzan en pintar exactamente lo que vieron. Tal como dijo Takeichi, pintaron «cuadros de fantasmas», ni más ni menos. Entonces supe que esos fantasmas serían mis amigos de ahora en adelante. Me excité tanto que apenas pude contener las lágrimas.

—Yo también voy a pintar. Pintaré cuadros de fantasmas, de caballos del infierno —dije a Takeichi, bajando mucho la voz sin saber por qué.

Desde la escuela primaria, me gustó tanto pintar como mirar cuadros. Pero las pinturas nunca obtuvieron un reconocimiento similar al de mis historietas. Lo cierto es que no tenía la menor confianza en las opiniones de los seres humanos y, en lo que a mí respecta, las historietas eran una de mis bufonadas para saludar al público. Tanto en la escuela primaria como en la secundaria, los dibujos encantaban a mis maestros, pero a mí no me interesaban en absoluto.

Sólo me esforcé con las pinturas —los dibujos eran otra cosa— e intenté crear mi propio estilo, por infantil que fuera. Los libros de la escuela con dibujos para copiar eran de lo más aburrido; las pinturas de los maestros, desastrosas; y yo me vi obligado a buscar como pude una forma de expresión.

Cuando comencé la escuela secundaria, ya tenía los útiles necesarios para pintar al óleo. Intenté copiar las obras impresionistas, pero el resultado fueron pinturas tan muertas como figuras recortables, y me di cuenta de que seguir por este camino sería un error. Vaya tontería y falta de criterio el intentar mostrar un objeto hermoso con esa belleza. Los maestros eran capaces de plasmar la belleza en objetos de lo más trivial e incluso encontraban interesante describir algo tan feo que causara náuseas por el puro placer de expresarse, sin preocuparse de la opinión ajena. Después de que Takeichi me iniciara de un modo tan primitivo en el secreto de la pintura, me dediqué a pintar autorretratos, cuidando de que no los vieran mis visitantes femeninas.

Mis cuadros eran tan lúgubres que casi me dejaban helado a mí mismo. En ellos estaba plasmada mi verdadera naturaleza, que mantenía escondida en lo más profundo de mi corazón. En la superficie me reía alegremente y hacía reír a los demás; pero, en realidad, era así de sombrío. Como no había nada que hacer, en secreto afirmaba esta naturaleza. Sin embargo, aparte de Takeichi, no se los mostré a nadie. Si alguien descubriese mi lobreguez tras la máscara de bufón, seguro que comenzaría una estrecha vigilancia. Por otra parte, existía el peligro de que no reconocieran mi verdadera naturaleza y lo tomaran como una bufonada más, lo que causaría grandes risotadas. Esto sería lo más horrible que pudiera suceder. Y así, cada vez que terminaba un cuadro, me apresuraba a esconderlo en el fondo del armario.

Desde luego, en la clase de dibujo nunca mostré mi «estilo espectral» y continué pintando como hasta ahora las cosas bonitas como tales con la pertinente mediocridad.

Sólo podía mostrar a Takeichi, y lo hacía como lo más natural, mi carácter sensible. Cuando vio mis primeros autorretratos, me elogió muchísimo. Al mostrarle

dos o tres de mis cuadros de fantasmas, hizo su segunda profecía: «Serás un gran pintor».

Cuando me marché a Tokio, llevaba grabadas en la cabeza las dos profecías del bobalicón de Takeichi: que las mujeres se enamorarían de mí y que sería un gran pintor.

Quería entrar en una escuela de arte, pero mi padre me puso en una escuela superior con la intención de convertirme en un funcionario. Como ya estaba decidido y yo no estaba acostumbrado a llevar la contraria, obedecí sin preocuparme demasiado. Me había ordenado que hiciera el examen en el cuarto año, uno antes de terminar el colegio, y así lo hice. En realidad, estaba ya más que harto de mi escuela junto al mar con los cerezos. Como aprobé, entré en la escuela de Tokio sin terminar el quinto año. Enseguida tuve la oportunidad de experimentar la vida en un dormitorio estudiantil, aunque la suciedad y la violencia me resultaron insoportables. Ahí no estaba la cosa para bufonerías. Conseguí que un médico me diagnosticara una dolencia pulmonar y me trasladé a la residencia de mi padre en Sakuragicho, en el barrio de Ueno. Tenía claro que nunca me hubiera podido acostumbrar a esa vida. Me causaba escalofríos oír acerca del ardor y el orgullo de la juventud, y, en cuanto al espíritu estudiantil, era algo que no iba conmigo en absoluto. Tanto las aulas como el dormitorio eran escenario de los deseos sexuales más retorcidos. Aquello era un vertedero donde no servían para nada mis habituales actuaciones de bufón.

Cuando no había sesiones en el parlamento, mi padre no pasaba más que una o dos semanas al mes en la casa. En su ausencia, tan sólo quedábamos tres personas en la gran residencia: una pareja de ancianos que se ocupaban de todo y yo.

Por mi parte, faltaba bastante a clase, aunque no porque me dedicara a conocer los lugares famosos de Tokio —parece que acabaré por no visitar nunca el santuario de Meiji, la estatua de Masashige Kusunoki o las tumbas de los cuarenta y siete samuráis—, sino que me pasaba el día entero en casa, leyendo o pintando.

Cuando mi padre estaba en Tokio, cada mañana me apresuraba a la escuela, aunque a veces iba a una clase de pintura del maestro Shintaro Yasuda, en Sendagicho, del barrio de Hongo. Me solía pasar hasta tres o cuatro horas practicando dibujo. Lo cierto es que iba a clase como simple oyente desde que dejé el dormitorio. Quizá se tratase tan sólo de envidia, pero, en todo caso, nunca tuve un sentimiento definido de pertenecer al mundo estudiantil. Desde la escuela primaria y secundaria a la superior, jamás comprendí el amor por la propia escuela, y ni una sola vez me tomé la molestia de aprenderme el himno.

Al poco tiempo de estudiar pintura, uno de mis compañeros me hizo conocer el alcohol, el tabaco, las prostitutas, las casas de empeño y el pensamiento de izquierda. Parece una combinación un poco rara, pero así aconteció en realidad.

Este compañero se llamaba Masao Horiki. Había nacido en Shitamachi, la zona castiza de Tokio, y era seis años mayor que yo. Se había graduado en una escuela de arte, pero como no tenía taller en casa iba regularmente a la clase para continuar

aprendiendo pintura occidental.

Nos conocíamos de vista y no habíamos hablado ni una sola vez cuando cierto día me dijo:

—Oye, ¿me prestas cinco yenes?

Me quedé tan turbado que se los pasé sin más.

—¡Estupendo! Vamos a tomar una copa. Hoy invito yo.

No podía negarme. Me llevó a un café en Horaicho, cerca del taller de pintura. Este fue el principio de nuestra amistad.

—Ya hace tiempo que me había fijado en ti. Eso, eso. Esta sonrisa tímida tuya es característica de los artistas prometedores. Bueno, vamos a brindar por nuestro encuentro. ¡Salud! Eh, Kinu —dijo, dirigiéndose a la camarera—, ¿no te parece guapo el muchacho? Pero no te vayas a enamorar de él. Desde que llegó al taller de pintura, por desgracia he pasado a ser el segundo más guapo de la clase.

Horiki tenía un rostro moreno de facciones regulares y, lo que era muy poco habitual en un estudiante de pintura, vestía un traje muy decente con una corbata discreta, y llevaba fijador en el cabello dividido en el centro por una raya impecable.

Como el lugar no me era familiar, al principio no hacía más que cruzar y descruzar los brazos, entre sonrisas ciertamente tímidas, pero después de dos o tres vasos de cerveza comencé a sentirme muy ligero, con una curiosa sensación de liberación.

—¿Sabes? Había estado pensando en matricularme en una escuela de arte y… —comencé, pero él me cortó enseguida.

—¡Ni se te ocurra! No sirve para nada. Las escuelas son de lo más inútil. Nuestros maestros deben ser la naturaleza y nuestros sentimientos respecto a ella.

A decir verdad, sus opiniones no me merecieron ningún respeto. Se me ocurrió que podría ser un imbécil y sus cuadros una birria, pero sería un buen compañero de diversión. Era la primera vez en la vida que me topaba con un habitante urbano de vida licenciosa. Aunque él y yo éramos completamente distintos, nos parecíamos mucho en que estábamos muy alejados de la vida cotidiana de los seres humanos. Pero lo que nos diferenciaba mucho era que Horiki no tenía conciencia de la farsa, ni se daba cuenta de la miseria que conllevaba.

Lo despreciaba porque sólo vivía para divertirse, y sólo me relacionaba con él como compañero de diversión. A veces me avergonzaba de su amistad, pero me dejé llevar por él y, al final, resulté derrotado.

Al principio pensaba que Horiki era un buen tipo, un tipo fuera de lo común. Hasta yo, que tenía tanto miedo a la gente, pude relajarme por completo con ese buen guía de Tokio. Lo cierto es que yendo solo cuando me subía al tranvía me daba miedo el cobrador, al entrar al teatro Kabukiza me atemorizaban las acomodadoras alineadas a ambos lados de la escalera alfombrada de la entrada principal, si me encontraba en un restaurante, me crispaban los nervios los camareros que andaban por detrás de mí, pendientes de llevarse los platos vacíos. Pero lo que más me horrorizaba era pagar

alguna cuenta. Mi torpeza al entregar el dinero después de comprar algo no estaba causada por la tacañería. Me sentía tan nervioso y avergonzado y me entraba tal pánico que me marcaba, el mundo se oscurecía y me sentía medio a punto de perder la razón. Ni soñar en regatear si hasta me olvidaba de recoger el cambio y, con frecuencia, de llevarme lo que había comprado. Estaba claro que no podía moverme solo por Tokio, de modo que no me quedaba más remedio que pasarme días enteros holgazaneando en casa.

Cuando entregaba mi monedero a Horiki y salíamos a pasear juntos, mi compañero no sólo hacía gala de una gran habilidad para regatear, quizá como buen aficionado a divertirse, sino que sabía sacar el máximo partido al mínimo de dinero. Sin gastar en taxi, ideaba combinaciones de tren, autobús y hasta barcazas de vapor para llevarnos en muy poco tiempo a nuestro destino. Por ejemplo, si después de pasar la noche con una prostituta nos deteníamos en alguna posada y, después de tomar un buen baño, desayunábamos tofu hervido con sake, con poco dinero podíamos disfrutar de una sensación de lujo; esto supuso para mí una valiosa educación práctica. También me enseñó que el arroz con carne o las brochetas de pollo que vendían en los puestos callejeros eran una forma económica de alimentarse bien, y que para emborracharse rápidamente lo mejor era el *denkibran*[8]. En suma, yo me sentía muy tranquilo con él, convencido de que no tenía que preocuparme en absoluto por el importe de nuestras cuentas.

Otra cosa que era de agradecer en la relación con Horiki era que le importaba un bledo lo que pensara su interlocutor al lanzarse en un torrente apasionado —aunque quizá su pasión real fuera hacerle caso omiso al otro— de charla superficial que podía continuar durante horas; aunque, cuando nos invadía el cansancio después de andar juntos, por lo menos no existía el menor riesgo de que se produjeran silencios incómodos. Cuando trataba con la gente, le tenía horror a esos silencios. Yo era callado por naturaleza, pero no me quedaba más remedio que recurrir al desesperado recurso de mis bufonerías. Ahora, el imbécil de Horiki había adoptado el papel de bufón sin darse cuenta, por lo que yo me limitaba a escucharlo en silencio, y de vez en cuando decía: «¡No puede ser!», riéndome.

Pronto comprendí que el alcohol, el tabaco y las prostitutas eran un método excelente para librarme del miedo a los seres humanos, aunque fuese sólo por un momento. Y llegué a la conclusión de que para conseguir esos momentos valdría la pena vender hasta la última de mis posesiones.

Las prostitutas no me parecían personas ni mujeres, más bien me daban la impresión de seres idiotas o locos; por eso, me sentía muy a salvo en su compañía y podía dormir profundamente. Daba hasta pena ver que no tenían ni un ápice de avaricia. Al parecer, sentían que tenía algo en común con ellas porque siempre me trataron con una amabilidad espontánea que no me agobiaba. Una amabilidad sin segundas intenciones, sin fines de negocio, hacia una persona que quizá no volverían a ver. En estas prostitutas idiotas o locas alguna noche vi una aureola de Virgen

María.

Pero iba allí para escapar del miedo a los seres humanos, para descansar aunque fuese sólo una noche y, mientras me divertía con esas prostitutas con las que «tenía algo en común», antes de que me diera cuenta había adquirido un cierto aspecto repugnante del que no podía librarme, una especie de inesperado fruto de mi forma de vivir, que poco a poco se hizo visible hasta que el propio Horiki me lo hizo notar, dejándome estupefacto y disgustado. Lo cierto es que había aprendido sobre las mujeres a través de las prostitutas, el aprendizaje más duro pero también el más efectivo, y desprendía un «olor de seductor». Las mujeres —no sólo las prostitutas— lo olían instintivamente y se me acercaban. Este aire obsceno y poco honorable, era mucho más evidente que el solaz que me había aportado la experiencia.

Horiki me lo comentó como un cumplido a medias, pero a mí me produjo una sensación opresiva. Por ejemplo, recuerdo que la camarera de un café me envió una carta infantil; también, la hija veinteañera del general que vivía junto a mi casa de Sakuragicho, cada mañana, a la hora que iba a la escuela, aparecía toda arreglada por su portal, entrando y saliendo sin que pareciera que tuviera nada especial que hacer; cuando iba a comer carne, incluso sin que yo dijera una palabra, la mujer del restaurante…; y en el kiosco donde compraba tabaco, la muchacha colocó en la caja junto con el paquete…; y la mujer sentada a mi lado en el teatro Kabukiza…; asimismo cierta noche que había bebido y me quedé dormido en el tranvía…; también la carta inesperada de aquella pariente en el campo revelando su obsesión…; o la muchacha desconocida que en mi ausencia me dejó una muñeca cosida a mano… Mi actitud fue pasiva en extremo, de forma que estos fragmentos no se convirtieron en ninguna historia. Pero no podía negar que era cierto, y no se trataba de una broma absurda, que algo en mí despertaba en las mujeres el deseo de amar. Pero que me lo hiciera notar alguien como Horiki me produjo un malestar parecido a la humillación y, al mismo tiempo, me hizo perder de repente mi interés por las prostitutas.

Cierto día, Horiki, haciendo ostentación de «modernidad» —tratándose de él no se podía pensar de otra forma—, me llevó a una reunión secreta del Partido Comunista; no lo recuerdo bien, pero creo que se llamaba «Asociación de Lectura». Para Horiki, quizá este encuentro clandestino no fuese más que uno de los sitios para conocer en Tokio. Me presentaron a los compañeros y me obligaron a comprar un panfleto y después escuché la conferencia que dio un hombre joven, horriblemente feo, sobre economía marxista. Me dio la impresión de que todo lo que dijo era obvio; pero, incluso estando de acuerdo, supe que algo más incomprensible y horrible se escondía en el alma humana. No se trataba sólo de ambición ni de vanidad, ni tampoco de una mezcla de deseo sexual y avaricia; no lo entendía ni yo mismo; pero sentía que la sociedad humana no era sólo economía, sino que en el fondo acechaba algo misterioso. Esto me atemorizaba, pero aprobaba el materialismo con la misma naturalidad que el agua se nivela. Aunque este no me podía librar de mi temor por el ser humano y no me producía la esperanzada alegría de una persona ante la vista de

las hojas que acababan de brotar.

Incluso así, continué participando en las reuniones, en las que los compañeros, con expresiones graves, discutían teorías tan elementales como que uno más uno son dos. Me parecían ridículos a más no poder, de modo que me esforcé en hacer algunas de mis habituales bufonadas para que se relajasen un poco. Poco a poco, logré librarlas de su ambiente opresivo y me acabé convirtiendo en un miembro tan popular que me llegaron a considerar imprescindible.

Quizás en su simplicidad creían que yo era tan simple como ellos: un compañero optimista y alegre; pero, si así lo pensaban, les estaba engañando por completo. Para empezar, yo no era su compañero. Sin embargo, no faltaba a ninguna reunión y les obsequiaba con mi bufonería. Lo hacía porque me caían bien. Me eran simpáticos. Pero esto no suponía que sintiera por ellos un afecto nacido a través de Marx.

La irracionalidad… Me producía un cierto placer. Mejor dicho, me hacía sentir cómodo. El seguir las normas establecidas me parecía mucho más temible —me parecía que había en eso algo tremendamente poderoso—, era un mecanismo incomprensible; no podía continuar sentado en esa habitación fría y sin ventanas. Fuera se extendía el océano de la irracionalidad, y lanzarme a nadar en sus aguas hasta morir se me hacía más placentero.

Existe la palabra «marginados», que denota a los infelices, a los fracasados y a los descarriados en la sociedad humana; pero yo creo que lo soy desde el momento en que nací. Por eso, cuando me cruzo con alguien calificado de «marginado», de inmediato siento afecto por él. Un afecto que llena todo mi cuerpo de un arrobamiento de ternura.

También existe el término «conciencia de delincuente». Al estar en la sociedad humana, toda la vida he sufrido de esta conciencia; pero ha sido mi fiel compañera, como una esposa en tiempos de pobreza, y ambos hemos compartido nuestras miserables diversiones. Puede que esta haya sido mi actitud en la vida.

Asimismo, la gente habla del «sentimiento de culpabilidad». En mi caso, me poseyó desde que era un bebé y, con el tiempo, en lugar de curarse se hizo más profundo, penetrándome hasta los huesos. Pero, incluso si se podía decir que mi sufrimiento por las noches era el de un infierno de infinitas torturas, pronto se me hizo más querido que mi propia sangre y carne. Y me llegó a parecer la expresión de ese sentimiento de culpabilidad vivo o quizá su murmullo afectuoso.

Para un hombre en estas circunstancias, el ambiente de un movimiento clandestino suponía una extraña tranquilidad, una sensación de bienestar; en suma, más que los objetivos del grupo político, podría decir que me atrajo su ambiente. Para Horiki, sólo se trató de una burla estúpida, ya que asistió tan sólo a una reunión, aquella en que me llevó para presentarme, escudándose en la torpe ocurrencia de que el marxismo debía estudiar no sólo el aspecto de la producción sino también el del consumo. Y como nunca más se acercó a las reuniones, acabamos compartiendo tan sólo el aspecto del consumo.

Volviendo la vista atrás, recuerdo que había marxistas de todas clases. Algunos, como Horiki, se autocalificaban así para vanagloriarse de «modernidad», mientras que el olor de la irracionalidad atrajo a otros de los que nos sentábamos en las reuniones, como fue mi caso. Si los auténticos marxistas hubiesen descubierto los motivos de Horiki y míos, se hubieran enfurecido mucho y, tratándonos de viles traidores, nos hubiesen echado sin contemplaciones.

Sin embargo, ninguno de los dos fue expulsado y, yo en particular, me podía comportar de una forma mucho más «saludable» en esa sociedad irracional que entre caballeros racionales. Como me consideraban un compañero prometedor, me encargaron diversas «misiones secretas», que más bien daban risa. Por mi parte, no rechacé hacerme cargo de ninguna de esas misiones, aceptándolas con tal naturalidad que ni los «perros» —así llamaban los compañeros a la policía— jamás sospecharon de mí ni se les ocurrió interrogarme. Riéndome y haciendo reír a los demás, cumplí todos los encargos al pie de la letra. Los participantes en ese movimiento eran tan precavidos y pasaban tantos nervios que eran como una mala imitación de una novela detectivesca. Las misiones que me encargaban eran de lo más anodino, pero ellos no cesaban de comentar su alto grado de peligro. En esos días, pensaba afiliarme al partido y no me preocupaba en lo más mínimo el riesgo de acabar en la cárcel. Pensaba que esa vida podría ser más llevadera que el temor horrible que experimentaba en la «vida real» en la sociedad de los hombres, que me hacía pasar las noches en un infierno de insomnio.

Incluso cuando mi padre se encontraba en la casa de Sakuragicho, debido a sus ocupaciones sociales o en el parlamento, solían pasar tres o cuatro días sin que nos cruzásemos. Sin embargo, su presencia me resultaba opresiva y me producía temor, de forma que pensé en buscarme una pensión. Pero antes de que tuviera oportunidad de hablar sobre el asunto, el anciano que se ocupaba de la casa me informó de que mi padre tenía intención de venderla.

Faltaba poco para que se completara su periodo de posesión del escaño en el parlamento y, sin duda, por diversas razones, no quería presentar de nuevo su candidatura; además, pensaba construir un lugar de retiro en nuestra región. Como no le tenía apego alguno a Tokio, imagino que llegó a la conclusión de que no valía la pena mantener abierta una residencia de tal envergadura para mí, un simple estudiante. No sé qué pensaría mi padre, el caso es que vendió la casa en un abrir y cerrar de ojos, y yo me tuve que instalar en una oscura habitación de cierta pensión llamada Senyukan, en Morikawa, en el barrio de Hongo. Muy pronto comenzaron mis apuros económicos.

Cada mes mi padre me daba una asignación fija, que desaparecía en dos o tres días; pero en casa siempre había tabaco, sake, queso y fruta. En cuanto a material de escritorio y ropa, acostumbraba a comprar en las tiendas del vecindario, donde mi padre era cliente y lo cargaban en su cuenta. Podía invitar a Horiki a *soba*[9] o *tendón*[10] en los restaurantes vecinos y marcharme sin una palabra.

De súbito, me encontré viviendo solo en una pensión, obligado a adaptarme a la asignación mensual. Vaya apuro. Pero, como era de esperar, el dinero desaparecía en dos o tres días, y yo me volvía loco de desesperación. Entonces tenía que enviar telegramas para pedir dinero a mi padre, a mi hermano mayor y a mi hermana mayor por turnos; cartas detalladas —consistentes en pura ficción y bufonadas, ya que me parecía conveniente hacer reír a quien le pedía un favor— y, además, por mediación de Horiki me hice asiduo de las casas de empeños. Pese a todo, siempre andaba corto de dinero.

Para colmo, no podía vivir en aquella pensión lúgubre, donde no conocía a nadie. Si me quedaba allí solo sentado, me embargaba el temor de que alguien me atacaría en cualquier momento o me pegaría un tiro; de modo que salía rápidamente a la calle y me iba a echar una mano en el movimiento clandestino o me juntaba con Horiki para hacer la ronda de locales que servían sake barato. Había abandonado casi por completo la escuela y las clases de pintura. Dos años más tarde intenté suicidarme con una mujer casada mayor que yo. Allí comenzaron las complicaciones.

No asistía a clases ni abría un libro pero, por alguna razón desconocida, siempre me las arreglaba de algún modo en los exámenes, de forma que pude seguir engañando a mi familia. Sin embargo, mis faltas de asistencia molestaron a la escuela, que envió un informe confidencial a mi padre. Entonces, en lugar de mi padre, mi hermano más mayor me escribió una carta de amonestación muy larga y severa. Pero a mí lo que me atormentaba era el dinero, además de las muchas misiones difíciles que me estaba encargando el grupo clandestino, hasta el punto de que ya no me las podía tomar medio en broma. Me habían nombrado líder del movimiento estudiantil marxista de los distritos centrales de Tokio —Hongo, Koishikawa, Shiraya y Kanda— y debía correr de un lado para otro para establecer «contactos» y, habiendo oído sobre la posibilidad de un levantamiento armado, llevaba en el bolsillo del impermeable una pequeña navaja. Al recordarla, me parece que era tan frágil que no bastaba ni para sacarle punta a un lápiz.

Deseaba más que nada tomar sake hasta quedar profundamente dormido, pero no tenía dinero para hacerlo. El grupo —al que, creo recordar, llamábamos *P* en nuestro lenguaje clandestino, por ser la inicial de «partido»— me encargaba tantas tareas que no tenía tiempo ni de tomar un respiro, lo que resultaba un verdadero exceso para mi constitución física enfermiza. Al principio, ayudaba porque me fascinaba su irracionalidad, pero mi situación era una consecuencia imprevista de mi broma. Cuando estaba agobiado de trabajo, sin poder reprimir mi irritación, me daban ganas de decirle a la gente del *P* que yo no tenía nada que ver con todo eso y que se lo pidiesen a uno de los suyos. Decidí escapar; pero, como no me parecía bien, opté por matarme.

En aquel entonces, tres mujeres estaban particularmente interesadas por mí. Una de ellas era la hija del dueño de la pensión donde me alojaba. Cuando regresaba exhausto de alguna tarea del movimiento y me acostaba sin tener ni ánimos para

comer, ella me visitaba sin falta con papel de escribir y una pluma en la mano. «Con permiso, abajo mis hermanos pequeños hacen mucho ruido y no me puedo concentrar», decía, sentándose a mi escritorio, donde se pasaba una hora o más escribiendo.

Podría haberle hecho caso omiso y dormirme, pero era evidente que la muchacha esperaba que le hablase, de modo que, manifestándose mi habitual costumbre de hacer un servicio y a pesar de no tener el menor deseo de conversación, me acostaba boca abajo y encendía un cigarrillo.

—¿Sabes? Hay hombres que calientan el agua del baño con las cartas de amor que les envían las mujeres —comencé.

—¡Qué horror! ¿Te refieres a ti mismo, verdad?

—Bueno, calenté la leche y me la tomé.

—¡Qué honor para ella! Que te la tomaras…

Pensando que por qué no se marchaba de una vez, imaginé que su carta estaría llena de letras sueltas sin sentido.

—Anda, ¡muéstramela! —le pedí, aunque, en realidad, no me interesaba verla ni aunque me fuera la vida en ello.

Mientras decía: «¡Ay, no! ¡Ay, no!», su expresión satisfecha era tan horripilante, que acabó con cualquier posible interés. Entonces se me ocurrió que le podía hacer un encargo.

—Perdona, ¿te podrías acercar a la farmacia en la calle de la estación para comprarme un frasco de Calmotín? Estoy agotado, con la cara ardiendo y no voy a conseguir dormirme. ¿Serías tan amable? En cuanto al dinero…

—Por eso, no te preocupes.

Se levantó contenta. No hay que andarse con remilgos en encargar algo a una mujer; al contrario, sé muy bien por experiencia que les encanta que un hombre les pida alguna cosa.

La otra mujer era una «compañera» que estudiaba para maestra. Con ella, quisiera o no, por el asunto de la militancia tenía que encontrarme cada día. Después de las reuniones, esa mujer siempre se me pegaba y, además, me traía regalos. «Quiero que me consideres como a tu verdadera hermana mayor», me decía. Yo le respondía: «Desde luego», con una leve sonrisa, temblando entero. Me daba miedo causar su enojo, de modo que hacía lo posible para disimular; pero cada vez tuve que complacer más a esa mujer fea y desagradable. Aceptaba sus regalos —todos de pésimo gusto, de los que me libraba pasándoselos al viejo del puesto de *yakitori*[11] y a otra gente— con expresión contenta y le hacía alguna broma para que se riese. Cierta noche de verano, como no había forma de sacármela de encima, le di un beso. Entonces ella, excitada de un modo vergonzoso, llamó un taxi y me llevó a la habitación que el movimiento alquilaba en secreto, un lugar estrecho con aspecto de oficina, y pasamos unas horas de locura hasta que amaneció. «Vaya una hermana mayor», me dije con una sonrisa amarga.

Cada día era inevitable encontrarse con la muchacha de la pensión y la «compañera», por lo que no podía usar el recurso de esquivarlas como había hecho hasta ahora con otras mujeres. Sin darme cuenta y empujado por mi habitual inseguridad, acabé haciendo lo posible para congraciarme con ambas, como si tuviera una deuda con ellas.

En esa misma época, recibí los favores de una camarera de uno de esos grandes cafés de Ginza. Tras sólo un encuentro, me sentí tan agradecido a ella que casi no podía moverme de preocupación y temores vacíos. Entonces ya podía tomar un tren o ir al teatro Kabukiza sin que me llevara Horiki. Vestido con un kimono de seda chispeada, incluso me atrevía a entrar solo a un café.

Hasta cierto punto, logré acostumbrarme a fingir descaro. En el fondo del corazón no había perdido ni un ápice de miedo al aplomo y la violencia de los humanos; mas, aunque sin dejar de sentir ese miedo y ese sufrimiento, en la superficie me había acostumbrado poco a poco a saludar mirando a la cara… ¡No! ¡Esto no es cierto! No podía hablar con alguien sin mostrar con dolorosas sonrisas la bufonería de mi derrota.

Por lo menos, había adquirido la habilidad de tartamudear algunas frases convencionales, ¿sería como resultado de mis actividades en el grupo clandestino? ¿O gracias a las mujeres? ¿Quizá al alcohol? Pero me parece que, sobre todo, se debió a la falta de dinero. Fuera a donde fuese, me perseguía esa sensación de temor. Se me ocurrió que si entrase en alguno de los grandes cafés, abarrotados de clientes bebidos, camareras y mozos, mezclándome con ellos mi corazón perseguido sin tregua podría tranquilizarse.

De modo que me metí en un gran café del elegante barrio de Ginza con sólo diez yenes en el bolsillo. «Te advierto que sólo llevo diez yenes», le dije sonriendo a la camarera que se me acercó. «No te preocupes», repuso con acento de Kansai[12]. A mí, que estaba temblando de miedo, estas palabras me calmaron de una forma extraña. Y no era porque ya no debía preocuparme por el dinero. Me dio la impresión de que estando junto a ella no había nada que temer.

Mientras tomaba sake, me sentía tan relajado que ni tenía que representar mis bufonerías. Bebiendo en silencio, no ocultaba mi verdadero carácter, callado y sombrío. «¿Te apetece?» me preguntó, sirviéndome algunos aperitivos. Yo negué con la cabeza. «¿Sólo sake? Entonces yo también tomaré».

Era una noche fría de otoño. Tal como me había propuesto Tsuneko —creo que así se llamaba, aunque mis recuerdos son vagos y no puedo estar seguro; soy capaz hasta de olvidar el nombre de alguien con quien hice un pacto de suicidio— la esperé en un puesto callejero de sushi. Ese sushi era malísimo. Es curioso que, aunque pueda olvidar el nombre de ella, recuerdo a la perfección lo repugnante que era el sushi, así como el rostro del hombre que lo preparaba, parecido al de una serpiente *aodaisho* y con el cabello cortado al rape. El viejo no hacía más que volverse de acá para allá, intentando dar la engañosa impresión de destreza en la preparación del sushi. Me

parece verlo ahora mismo. Años después, en unas tres ocasiones, vi en el tren un rostro que me resultaba familiar y, después de romperme la cabeza, llegué a la conclusión de que se parecía al hombre del puesto de sushi y sonreí amargamente. Mientras que me cuesta recordar el nombre y el rostro de aquella mujer, recuerdo tan bien el del hombre del puesto de sushi que lo podría dibujar. Sin duda, esto demuestra lo horrible que era ese sushi, que me enfrió el cuerpo y me llenó de malestar. Incluso las veces que alguien me ha llevado a un buen restaurante de sushi, nunca he comido realmente a gusto. Mientras la esperaba, me decía que la bola de arroz era demasiado gruesa. ¿Por qué no la hacía más o menos del tamaño de la medida del pulgar?

Tsuneko tenía alquilada una habitación en la primera planta de la casa de un carpintero. Allí me encontraba tomando té, tendido en el suelo de tatami, con la mejilla apoyada en la palma de la mano como si me doliera una muda y sin disimular en lo más mínimo mi sombrío estado de ánimo. Parecía que a ella no le disgustaba mi actitud. Daba la sensación de estar completamente aislada, como un árbol seco azotado por el frío viento en el que danzaran las hojas muertas.

Mientras descansábamos, me contó que era dos años mayor que yo y que venía de Hiroshima, donde su marido había trabajado de barbero. Sin embargo, en la primavera del año pasado huyeron a Tokio; pero el hombre no encontró trabajo y fue acusado de estafa, por lo que se encontraba en la cárcel. Hasta ahora le había ido a visitar cada día, pero no tenía intención de ir más. Me contó esto, entre otras cosas, aunque no presté demasiada atención porque las mujeres me aburren cuando comienzan a hablar sobre sí mismas. No sé si será debido a su poca habilidad al expresarse, a que no aciertan a dar énfasis en el punto debido, o a cualquier otra razón; la cuestión es que siempre he hecho oídos sordos a esas historias.

Más que mil de esas palabras que dicen las mujeres, si alguien me susurrase: «¡Qué tristeza!» seguro que pronto me solidarizaría con sus sentimientos. Pero, hasta ahora, ninguna mujer ha pronunciado ante mí estas simples palabras, lo que me parece muy extraño. Aunque esa mujer no dijo: «¡Qué tristeza!», su cuerpo estaba envuelto en una profunda tristeza silenciosa, una corriente de miseria de unos tres centímetros que circulaba sobre ella. Al acercarme a ella, mi cuerpo quedaba también envuelto en esa corriente, mezclándose con la de mi punzante melancolía «como una hoja muerta que se pudre en el fondo del agua». Por fin, me había librado del miedo y la angustia.

Era muy diferente a dormir tranquilamente en los brazos de aquellas prostitutas idiotas; ellas eran alegres. La noche que pasé con la esposa de aquel delincuente acusado de estafa fue muy feliz y liberadora. Imagino que no volveré a usar en estos cuadernos unas palabras tan decididas y sin vacilación.

Pero sólo duró una noche. Al abrir los ojos por la mañana, me levanté de un salto y volví a ser el bidón superficial de siempre. Los cobardes temen hasta la felicidad. Pueden herirse incluso con el algodón. A veces, hasta la felicidad les hiere. Antes de resultar herido, me apresuré a separarme de ella, utilizando las bufonerías como una

cortina de humo.

«Aquello de que el fin del dinero es el fin del amor puede interpretarse al revés. No significa que cuando se termina el dinero la mujer abandone al hombre. Cuando se queda sin dinero el hombre se siente al fondo del abismo, sin el menor ánimo de reír, hundido en el pesimismo, y es él quien termina abandonando a la mujer. El hombre se vuelve medio loco y no para de dar sacudidas hasta que se libera de ella. Podrás encontrar la explicación del proverbio en el diccionario Kanazawa… Por mi parte, lo he vivido en carne propia».

Recuerdo que cuando me puse a decir esas tonterías, a Tsuneko le dio risa. Temiendo quedarme más rato, estaba dispuesto a marcharme sin lavarme la cara. Fue entonces cuando solté sin pensar aquello de que el fin del dinero es el fin del amor, lo que después acarreó serias consecuencias.

Pasó un mes hasta que me encontrara de nuevo con la mujer que me otorgó sus favores esa noche. Después de dejarla, mi felicidad se fue borrando a medida que pasaban los días. Me horrorizaba pensar que por una merced fugaz me había creado horribles vínculos e incluso llegó a pesarme que Tsuneko hubiese pagado mi cuenta en el café donde trabajaba. Pese a la distancia, se acabó convirtiendo para mí en una mujer amenazadora, que me intimidaba sin cesar, igual que la muchacha de la pensión o la «compañera» que estudiaba para maestra. Temía reaccionar con furia si me encontrara de nuevo con la mujer con quien dormí, de modo que opté por no aparecer por Ginza. El que me fastidiara no se debía a la astucia. Las mujeres tenían un comportamiento muy distinto al irse a la cama y al levantarse al día siguiente, sin la menor conexión, como si hubieran olvidado por completo lo sucedido; era un fenómeno raro, como si lo hubiesen dividido en dos mundos; algo que yo no podía digerir.

A finales de noviembre, estaba con Horiki tomando sake barato en un puesto callejero de Kanda. Apenas habíamos salido cuando este mal amigo ya estaba insistiendo en continuar bebiendo en otra parte, pese a que ya no teníamos un céntimo en los bolsillos. Como yo estaba bastante bebido, me sentía mucho más lanzado de lo normal.

—Bueno, te voy a llevar a un país de sueños. Sake, mujeres… —propuse.

—¿A un café?

—Eso mismo.

—¡Vamos!

Una vez decidido esto, tomamos el tranvía.

—Esta noche estoy hambriento de mujeres —dijo Horiki muy animado—. ¿Se podrá besar a las camareras?

No me gustaba nada cuando Horiki representaba el papel de borracho. Él lo sabía, y por eso insistió.

—Ya sabes, ¿eh? ¡Voy a besarla! La que se siente a mi lado no va a escapar sin un beso, ¿eh?

—Haz lo que te dé la gana.

—¡Qué bien! Me muero de ganas de una mujer.

Bajamos en la parada de Ginza Yonchome y entramos en el gran café de «sake y mujeres». No me quedaba más que confiar en que estuviera Tsuneko ya que no tenía un céntimo. Nos sentamos en un reservado vacío y pronto se acercaron apresuradas Tsuneko y otras camareras. Una de ellas se sentó a mi lado y Tsuneko se dejó caer junto a Horiki; me dio un sobresalto. Pronto la besaría.

No es que tuviera celos; nunca fui posesivo. Es cierto que a veces he sentido pena al perder algo, pero nunca la suficiente como para enfrentarme a los demás por este motivo, hasta el punto de que años después vi cómo violaban a mi esposa sin hacer nada para evitarlo.

No quiero inmiscuirme en las desavenencias entre los seres humanos. Tengo miedo a caer en ese remolino. La relación entre Tsuneko y yo fue sólo de una noche. No era mía. No sería posible sentir celos por ella. Pero, aún así, tuve un sobresalto.

Me daba pena que Tsuneko tuviera que soportar los besos violentos de Horiki delante de mis ojos. Una vez mancillada por Horiki, no podría seguir conmigo. Pero mi voluntad no era tan fuerte como para retenerla. Aaah…, se iba a terminar todo. Ante la infelicidad de Tsuneko, sólo pude suspirar. Pero, al momento siguiente, me resigné dejándome llevar por el flujo de los acontecimientos y, mirando ora a Horiki ora a Tsuneko, sonreí como un bobo.

Sin embargo, inesperadamente la situación tomó un mal rumbo.

—¡Se acabó! —exclamó Horiki con una mueca—. Ni alguien como yo puede hacer eso a una mujer tan miserable…

Hablando entre dientes y con los brazos cruzados me dirigí a Tsuneko.

—Quiero beber sake. Pero no tengo dinero.

Quería ahogarme en sake. A la vista de la gente, Tsuneko era una infeliz, con olor a pobreza, que no valía ni para el beso de un borracho. De repente, esto me golpeó como un rayo. Aquella noche bebí como nunca lo había hecho, y cada vez que mis ojos se encontraban con los de Tsuneko, intercambiábamos tristes sonrisas. Mientras pensaba que era una mujer exhausta de aspecto pobre, nació en mí una solidaridad por esta compañera en la pobreza; incluso ahora pienso que los enfrentamientos entre pobres y ricos es un tema que parece caduco, pero que siempre formará parte de las tragedias. Empezó a brotar en mi interior la compasión por Tsuneko; y, junto a ella, un tenue sentimiento de amor.

Vomité. No sabía ni dónde estaba. Fue la primera vez que perdí totalmente el sentido por los efectos de la bebida. Cuando abrí los ojos, Tsuneko estaba sentada a mi cabecera. Al parecer, había dormido en su habitación, en la primera planta de la casa del carpintero.

—El fin del dinero es el fin del amor… Pensé que lo decías en broma, pero ¿lo piensas en serio? Como no viniste nunca más… ¡Qué historias más complicadas! Puedo trabajar para los dos, ¿qué te parece?

—Ni hablar.

Entonces ella se acostó a mi lado. Hacia el amanecer surgió de sus labios y por primera vez la palabra «muerte». Tsuneko también parecía exhausta de existir como un ser humano. Por mi parte, pensando en mi temor por el mundo y sus complicaciones, el grupo clandestino, las mujeres, los estudios, parecía imposible seguir viviendo, y así acepté su propuesta. Pero entonces todavía no estaba resignado a morir. En mi respuesta se ocultaba un cierto afán de aventura. Pasamos la mañana paseando por Asakusa. Entramos en una cafetería y tomamos un vaso de leche. «Esta vez pagas tú», dijo Tsuneko. Cuando me levanté a pagar y abrí el monedero, sólo había tres miserables monedas de cobre. Más que vergüenza, sentí horror.

En el acto me vino a la mente que en la habitación de la pensión sólo me quedaba el uniforme de la escuela y la ropa de cama; ya no tenía nada más que pudiera ser empeñado en ese cuarto desolado. Sólo tenía lo que llevaba puesto: el kimono de seda chispeada y el abrigo. Supe con toda claridad que no podía seguir viviendo.

Mientras me encontraba allí sin saber qué hacer, la mujer echó una ojeada a mi monedero. «¿Eh? ¿No tienes más que esto?», dijo con inocencia, pero yo sentí una punzada dolorosa, que sólo podía causarme la voz de la primera mujer que amaba. «¿Sólo esto? ¿No tienes más que esto? ¡Pero si tres *sen*[13] de cobre no puede llamarse dinero!». Sentí una rara humillación, nunca experimentada hasta ahora. Una humillación que no me permitía seguir viviendo; sería porque, al fin y al cabo, en aquel entonces aún no me había librado de la identidad de hijo de familia adinerada. Entonces tomé la determinación real de quitarme la vida.

Esa noche nos lanzamos al mar en Kamakura. Tsuneko se desató la faja del kimono, diciendo que la había tomado prestada de una compañera de trabajo, y la dejó doblada sobre una roca. Yo me saqué el abrigo y lo coloqué en el mismo lugar. Entonces entramos al agua. Ella murió y yo fracasé en el intento.

Como yo era sólo un estudiante y, además, el nombre de mi padre tenía interés informativo, la prensa local organizó un alboroto con el incidente. Me ingresaron en un hospital junto a la costa, y uno de mis parientes se desplazó para ocuparse de las gestiones necesarias. Antes de marcharse, me dijo que mi familia se había enfurecido tanto que incluso me podían desheredar. Pero a mí esto no me importaba; sentía tanta nostalgia por Tsuneko que no podía parar de llorar. Hasta hoy, nunca quise a nadie más que a la miserable Tsuneko.

La muchacha de la pensión me envió una larga carta que incluía unos cincuenta poemas breves *tanka*. Sí, cincuenta, y todos comenzaban con el verso «vive por mí». También las enfermeras entraban a mi habitación alegremente para hacerme compañía, y algunas hasta me tomaban la mano un momento antes de marcharse.

Me favoreció mucho que en el hospital me diagnosticaran que tenía una dolencia en el pulmón derecho porque la policía me trató como a un enfermo y no como a un delincuente. Cuando me fueron a buscar para interrogarme por intento de suicidio, me colocaron en una celda especial.

A altas horas de la noche, el policía de guardia, ya entrado en años, entreabrió la puerta y me llamó.

—¡Eh, tú! Ven para acá a calentarte un poco —dijo.

Entré con la cabeza gacha, fingiendo desaliento, me senté en una silla y acerqué las manos al brasero.

—Ya veo, echas de menos a la mujer que murió, ¿verdad?

—Sí… —repuse con voz apagada.

—Eso podría decirse que es parte de la naturaleza humana —afirmó. Poco a poco se había puesto a darse importancia—. ¿Cómo empezaste a salir con esa mujer?

Su tono ya era casi como el de un juez, tan presuntuoso se había hecho cuando me preguntó. Tomándome por un niño y quizá con la idea de entretenerse en aquella noche de otoño, se comportaba como si fuese el responsable de la investigación para hacerme confesar alguna historia obscena. Enseguida me di cuenta y tuve que esforzarme por no soltar una risotada en su propia cara. Sabía que no tenía ninguna obligación de responder a estas preguntas del policía, ajenas a la investigación oficial; pero, a fin de hacer más llevadera la larga noche otoñal, adopté una actitud dócil; como si, en realidad, creyese por completo que el policía fuese el responsable de la investigación y de él dependiera que recibiera una sentencia más o menos severa. De modo que hice una «declaración» a mi antojo para dejarlo contento.

—Mmm… Ya entendí más o menos de lo que se trata. Incluso nosotros tenemos en consideración cuando alguien es sincero.

—Muchas gracias. Espero que así sea.

Mi representación fue de una habilidad divina, aunque no sirvió absolutamente de nada. Así que amaneció, me llamó el jefe de la policía para comenzar la investigación de verdad. Enseguida que abrí la puerta y entré en su oficina dijo:

—¡Vaya, vaya! ¡Qué guapo! —y dirigiéndose a mí—: La culpa no es tuya sino de la madre que te hizo así.

El jefe de policía era todavía joven, de tez algo oscura y con aspecto de haber estudiado. Al decirme esto, de repente me hizo sentir como una persona deformada, como si tuviera una marca de nacimiento en pleno rostro.

La investigación del oficial, que parecía practicar judo o kendo a juzgar por su físico, fue simple y precisa; distinta como el día y la noche de la que me hizo la víspera ese policía entrado en años, furtiva y en busca de aspectos obscenos.

Cuando terminó el interrogatorio, el jefe de policía se puso a llenar un formulario para enviarlo a la fiscalía.

—No debes descuidar la salud. Has escupido sangre, ¿no?

Por la mañana, había tenido una tos muy rara, y cada vez que tosía me cubría la boca con un pañuelo que tenía rastros de sangre. Pero, en realidad, no había salido de mi garganta sino de un grano bajo la oreja que me había reventado la víspera. Pensé que me convenía más no aclarar la verdad.

—Sí… —repuse con los ojos bajos, haciéndome el bueno.

—No sé si serás procesado, porque esto depende del fiscal —dijo cuando acabó de rellenar los documentos—. Pero sería mejor que llamases por teléfono o pusieras un telegrama para que venga alguien que te sirva de avalador. Tienes a alguien, ¿no?

Me acordé de un hombre llamado Shibuta, un anticuario, que solía visitar a mi padre. Era soltero, rechoncho, de unos cuarenta años, y me había avalado para el ingreso en la escuela. Su rostro, en particular cerca de los ojos, tenía el aspecto de un lenguado; por eso, mi padre solía llamarle «El lenguado» y yo también me acostumbré a ese apodo.

Busqué su número en el anuario telefónico que me prestaron en la policía, lo llamé y le pedí que fuera a la oficina de policía de Yokohama. «El lenguado» se mostró tan arrogante que parecía otro, pero terminó por aceptar.

—¡Eh! Que alguien desinfecte este teléfono inmediatamente. Ha escupido sangre —dijo el jefe de policía con voz potente, que llegó con claridad hasta mis oídos ya que estaba sentado en la celda.

Después del mediodía, me ataron las muñecas con una cuerda fina de esparto; aunque permitieron que ocultara las manos bajo el abrigo, y un joven policía sujetó el extremo de la cuerda con firmeza. Ambos tomamos el tren hacia Yokohama.

Lo acontecido no me molestó en absoluto; ni la celda de la policía, ni el agente entrado en años, ¿por qué sería? Cuando me ataron como a un delincuente, me sentí aliviado, de lo más tranquilo. Ahora, al escribir esto, recuerdo que me sentía muy bien, incluso alegre.

Pero entre los recuerdos agradables de esa ocasión, nunca olvidaré en la vida una lamentable metedura de pata, que incluso hoy me produce sudores fríos. Me encontraba en la oficina oscura, respondiendo a un interrogatorio simple del fiscal. Era un hombre tranquilo, de unos cuarenta años. Si en mi caso se me pudiera calificar de guapo, sería una belleza obscena, mientras que la suya era honrada y emanaba una tranquila sagacidad. Era tan reposado que hasta yo bajé la guardia mientras hacía mi declaración. De repente, me dio uno de esos ataques de tos, saqué el pañuelo del escote del kimono y, al ver la sangre, me pasó por la cabeza que podía sacar algún partido a la tos. Por eso añadí al final de la tos real dos veces de propina y, con la boca cubierta aún por el pañuelo, miré al fiscal.

—¿Es de verdad esa tos? —preguntó con una leve sonrisa.

Sólo de recordarlo me produce mucho más que un sudor frío; no puedo evitar el revolverme de inquietud. Si dijera que fue más chocante que cuando aquel idiota de Takeichi de la escuela secundaria me aguijoneó la espalda con un dedo y, diciendo: «Lo has hecho a propósito», me hizo caer a los infiernos, no sería ninguna exageración. Estas dos representaciones fueron los peores fracasos de toda mi existencia. A veces incluso pienso que hubiese sido preferible ser condenado a diez años de cárcel que sufrir el tranquilo desprecio del fiscal.

Anularon mi acusación, pero esto no me produjo la menor alegría; me quedé sentado en un banco de la sala de espera de la oficina del fiscal y me quedé esperando

a que viniese a buscarme «El lenguado».

A través de los altos ventanales situados detrás del banco, se veía el cielo rojizo del atardecer. Las gaviotas volaban dibujando en el cielo una curva que parecía una silueta femenina.

Tercer cuaderno de notas

Primera parte

De las predicciones de Takeichi, una se cumplió y la otra no. La poco gloriosa de que las mujeres se enamorarían de mí resultó cierta, pero no la venturosa de que me convertiría en un pintor de renombre. No logré llegar a ser más que un mal dibujante para publicaciones de pésima calidad.

A causa de lo acontecido en Kamakura, me expulsaron de la escuela y acabé viviendo en una minúscula habitación de tres tatami en la primera planta de la casa de «El lenguado». Al parecer, llegaban cada mes de mi lugar natal pequeñas sumas de dinero para mi manutención, aunque iban directamente a manos de «El lenguado». Además, procedían de mis hermanos que las enviaban a escondidas de mi padre. Mis relaciones con la familia se cortaron y, para colmo, «El lenguado» siempre estaba de mal humor; aunque le sonriera, nunca me correspondía. Me pareció asombroso —mejor dicho, cómico— cómo el ser humano podía cambiar radicalmente con la misma facilidad que se le daba vuelta a la mano.

No hacía más que repetirme: «Nada de salir, ¿eh? Nada de salir». No me quitaba los ojos de encima, como si temiera que, de nuevo, intentara suicidarme tirándome al mar para seguir los pasos de la mujer muerta. En suma, tenía terminantemente prohibido poner los pies en la calle. No podía tomar sake ni fumar, y me pasaba desde la mañana hasta la noche encerrado en la habitación de tres tatami de la planta alta, leyendo viejas revistas como un perfecto idiota; incluso había perdido los ánimos de matarme.

La casa de «El lenguado» se encontraba cerca de la escuela de medicina de Okubo. El cartel de su tienda, que ponía ANTIGÜEDADES EL JARDÍN DEL DRAGÓN VERDE, tenía bastantes pretensiones. Pero, en realidad, tenía la tienda y la vivienda juntas; una de las dos puertas era la estrecha entrada de la tienda, llena de polvo y de todo tipo de trastos viejos. Aunque no se ganaba la vida con ese negocio sino con transferencias de propiedades entre uno y otro cliente para evadir impuestos.

Lo cierto es que apenas pasaba tiempo en la tienda. Ya de mañana, salía disparado con el ceño fruncido, dejando a un aprendiz de diecisiete o dieciocho años a cargo de la tienda. Pero este, como no tenía mucho que hacer, se desocupaba y se ponía a jugar a pelota con los chicos del barrio. Además, seguro que consideraba al habitante de la planta alta como un demente, porque me llegaba con sermones en tono de adulto; aunque yo, con mi carácter de evitar enfrentamientos con cualquiera, escuchaba dócilmente con expresión de cansancio o de interés.

Al parecer, el aprendiz era un hijo ilegítimo de Shibuta, aunque no se trataban como padre e hijo. Como «El lenguado» era soltero, tiene que haber tenido algún motivo para eso, según el rumor que escuché entre mis familiares. Pero a mí no me interesan en absoluto los asuntos ajenos, de modo que no me preocupé de enterarme de mucho más. Aunque, fijándose bien, los ojos del aprendiz tenían un peculiar aire de pescado, por lo que quizá las habladurías no andaban tan desencaminadas. Si fuera así, qué vida más poco animada llevaban. A veces, a altas horas de la noche y sin invitarme a mí, pedían que les llevasen *soba* o algún otro plato de un restaurante del

vecindario, que comían en completo silencio.

En casa de «El lenguado», el aprendiz siempre preparaba la comida y, en una bandeja aparte, se la llevaba al parásito de la primera planta tres veces al día. Ellos comían en una habitación húmeda de cuatro tatami, donde sólo se escuchaba el movimiento afanoso de los palillos contra la vajilla.

Una noche de finales de marzo, sería porque había tenido ganancias inesperadas o por alguna estratagema que le pasó por la mente —pudieron haber existido muchas otras razones, que no alcanzaba ni a concebir mi imaginación—, me invitó excepcionalmente a su mesa, en la que había delicadezas tan poco habituales como *sashimi*[14] de atún; sorprendieron aun al propio anfitrión, quien se sintió inclinado a ofrecer hasta sake a este ocioso alojado.

—¿Qué piensas hacer de ahora en adelante? —preguntó en cierto momento.

No respondí enseguida, sino que tomé un bocado del plato de *tatamiiwashi*[15] y, contemplando los ojos plateados de los pececillos, me dejé llevar por los ligeros efectos del sake. Echaba de menos los días pasados de juerga y hasta a Horiki, y deseé más que nada recuperar esa libertad; de repente, me sentí tan triste que estuve a punto de echarme a llorar.

Desde que llegué a esta casa, no había tenido ningún motivo para hacer bufonadas; tan sólo había vivido tirado sin hacer nada, ante las miradas de desprecio de «El lenguado» y el aprendiz. El hombre no parecía muy amigo de largas conversaciones, y, por mi parte, no tenía el menor deseo de irle con quejas; de forma que me limitaba a vivir de gorra con cara de estúpido.

—Parece que han suspendido la sentencia y no te causará antecedentes penales. En fin, que si quieres podrás rehacer tu vida. En caso de que te plantees algo en serio y me lo cuentes, voy a hacer lo que pueda por ayudarte.

La forma de hablar de «El lenguado», mejor dicho, de todos los humanos, era tan complicada y confusa que no había forma de saber hacia dónde iban esos extraños vericuetos. Siempre me han desconcertado esas precauciones inútiles aunque estrictas, así como las incontables pequeñas maniobras implícitas. Harto de ellas, he optado por recurrir a mis bufonadas o inclinado la cabeza en silencio con la actitud del vencido.

Años más tarde pensé que si «El lenguado» me hubiera dicho las cosas claras y simples, me hubiese ido mucho mejor. Pero su innecesaria cautela, mejor dicho, las apariencias incomprensibles de la sociedad, me obligaron a pasar por toda una serie de experiencias amargas.

Hubiese sido mucho mejor si «El lenguado» me dijera: «A partir de abril, debes comenzar el curso en una escuela, sea pública o privada. Cuando empieces a estudiar, de tu casa te enviarán una cantidad apropiada para tu sustento».

Sólo mucho después supe que, en realidad, eso era lo que esperaban de mí, y sin duda hubiera obedecido. Pero la forma cautelosa y complicada de expresarse de «El lenguado» acabó por cambiar completamente el rumbo de mi vida.

—Si no estás dispuesto a confiarme lo que piensas en serio, no iremos nada bien —dijo.

—Confiar, ¿el qué?

No tenía ni la menor idea de a qué se refería.

—Pues, lo que te preocupa, ¿no?

—¿Por ejemplo?

—¿Cómo que «por ejemplo»? Desde luego, lo que tienes intención de hacer.

—Será mejor que busque un trabajo, ¿no?

—No te digo eso. Lo que quiero saber es qué quieres hacer.

—Sí aunque quiera volver a la escuela…

—Cuesta dinero, por supuesto. Pero el problema no es el dinero sino lo que tú quieras hacer.

¿Por qué no me dijo que mi familia enviaría el dinero necesario? Con sólo hacerlo yo hubiera podido tomar enseguida la decisión de estudiar; pero se limitó a dejarme a oscuras.

—¿Qué me dices? ¿Tienes algún tipo de aspiración para el futuro? La persona a quien uno ayuda no se puede ni imaginar lo difícil que es la tarea.

—Lo siento…

—Para que lo sepas, me preocupas. Como he aceptado ocuparme de ti, no quiero verte con una actitud superficial sino con la intención firme de conseguir una existencia respetable. Si vinieras en serio para discutir tus planes para el futuro, te ayudaría en lo posible, pese a que a este pobre «Lenguado» no le sobra de nada, de modo que ni sueñes con vivir con lujos pasados. Pero si me cuentas tus intenciones, intentaré echarte una mano, aunque sea poco a poco. ¿Entendiste? Esto es lo que me parece a mí. Por lo que más quieras, ¿qué piensas hacer?

—Si no me deja estar en la habitación de la planta alta, voy a trabajar…

—¿Lo dices en serio? ¿No sabes que en estos tiempos hasta los graduados de la Universidad Imperial…?

—No me refiero a un trabajo de oficina.

—¿Entonces?

—Quiero ser pintor —dije con la mayor convicción.

—¿Cómo?

Nunca olvidaré la expresión de «El lenguado», riéndose con el cuello inclinado a un lado y una sombra de astucia en el rostro. Parecía desprecio; pero no, era diferente. En el mundo, igual que en el mar, existían lugares de profundidad inmensa, y esa sombra extraña quizá se pudiera descubrir en su fondo. Y esa risa me mostró hasta el fondo lo más bajo de la existencia de los adultos.

Me dijo que no servía de nada hablar sobre el asunto, que mi actitud no era firme en absoluto y que me pasara la noche reflexionando. De modo que, como si me persiguieran, me refugié en mi habitación y me acosté, aunque no se me ocurrió en qué reflexionar. Al amanecer me marché de casa de «El lenguado».

«Volveré sin falta por la noche. Voy a casa de un amigo, cuya dirección incluyo, para discutir mis planes para el futuro. Le ruego que no se preocupe en absoluto», dejé escrito en un papel con grandes caracteres a lápiz. Entonces anoté la dirección de Masao Horiki en Asakusa y me fui sigilosamente.

No es que me marchase martirizado por el sermón de «El lenguado». De hecho, tal como decía él, mi actitud era superficial y no tenía la menor idea de qué hacer de ahí en adelante. Además, me daba pena ser un parásito en su casa y, en el caso poco probable de que tuviera alguna inspiración, le tocaría al pobre «El lenguado» aportar el capital para rehacer mi vida.

Sin embargo, cuando me marché de su casa no tenía la menor intención de ir a consultar sobre «mis planes futuros» a gente de la ralea de Horiki. Lo había dicho para tranquilizar a «El lenguado». No escribí la nota para conseguir tiempo para huir lo más lejos posible, como si de una novela de detectives se tratara —aunque un poco de eso había—, sino que sería más exacto decir que temía el alboroto que se organizaría con el susto que le iba a dar. Por supuesto, tenía claro que acabaría por descubrirse la verdad, pero era una lamentable parte de mi carácter el adornarla de algún modo. Esto ha causado que en la sociedad me despreciaran como a un mentiroso; no obstante, no actué en beneficio propio sino que temía estropear el ambiente y, aunque supiese que esto me acabaría perjudicando, no podía controlar mi inclinación desesperada a complacer a la gente. Este comportamiento, repetido innumerables veces, podría interpretarse como un síntoma de mi debilidad y estupidez, pero las personas «honradas» de la sociedad se aprovecharon considerablemente de él. Fue por eso que entonces me surgió del fondo de la memoria el nombre y el domicilio de Horiki.

Tras dejar la casa de «El lenguado», caminé hasta Shinjuku, vendí unos libros que llevaba en los bolsillos y, tal como era de esperar, me quedé sin saber qué hacer. Pese a que siempre he sido amable con los demás, nunca he experimentado la sensación de amistad. Excepto en el caso de compañeros de diversión como Horiki, no tengo más que recuerdos amargos de mis relaciones; y para librarme de ellas me dediqué a hacer el bufón con toda mi alma, lo que me consumió las fuerzas. Si llego a encontrarme con un rostro conocido, o que le guarde cierta semejanza, tengo un tremendo sobresalto y me entra tal sensación de pánico que, durante unos momentos, me siento totalmente mareado. Sé que le caigo bien a la gente, pero imagino que carezco de la facultad de querer a los demás. Aunque, en el caso de los demás, me pregunto hasta qué punto son capaces de hacerlo. Siendo de este modo, no me extraña que no fuera capaz de sentir una profunda amistad; para colmo, incluso no tenía ni la habilidad para «hacer visitas». El portal de entrada de una casa ajena me producía una sensación peor que las puertas del infierno; y no es una exageración decir que tras el portal adivinaba el hedor de un horrible dragón. No tenía amigos ni tampoco a dónde ir. Entonces pensé en Horiki.

Lo dicho en broma se convirtió en realidad. Tal como había dejado escrito en esa

nota, decidí visitar a Horiki en Asakusa. Nunca había estado en su casa porque siempre que había querido verlo lo invitaba a la mía por telegrama. Pero, en mis actuales circunstancias, hasta el coste de un telegrama era mucho y, por otra parte, no tenía la seguridad de que Horiki respondiera a mi llamada. Pese a mi nula habilidad para hacer visitas, tomé el tranvía entre suspiros con la conciencia de que él era mi última esperanza, lo que me atemorizaba hasta el punto de causarme una sensación de frío en la espalda.

Horiki estaba en casa. Moraba en una vivienda de dos plantas en una sucia callejuela; la habitación de Horiki, de seis tatami, se encontraba en la planta alta, mientras que en la baja vivían su anciana madre y un artesano que fabricaba correas para sandalias de madera.

Ese día Horiki me mostró una nueva faceta de su vida de habitante de la capital. Era de un egoísmo astuto y frío que hizo abrir los ojos de asombro a un provinciano como yo. Era muy distinto a mí, que me dejaba llevar por la corriente.

—¡Vaya sorpresa verte! ¿Ya te ha perdonado tu padre? ¿Todavía no?

No pude decirle que me había escapado. Intenté disimular, tal como era mi costumbre. Pero estaba seguro de que pronto Horiki se daría cuenta de lo acontecido.

—Eso ya se arreglará.

—Oye, no es para tomárselo a risa. Hazme caso, debes parar ahora mismo de hacer tonterías. Me vas a tener que disculpar, pero hoy tengo cosas que hacer. Últimamente estoy bastante ocupado.

—¿Ocupado? ¿Con qué?

—Eh, eh, no arranques el hilo del cojín.

Mientras hablaba, sin darme cuenta había estado jugueteando con uno de los cordones que remataban cada esquina del cojín, dándole algún tirón. Sin el menor embarazo y lanzándome miradas furibundas, Horiki mostraba hacia los objetos de su casa una posesividad que alcanzaba hasta los cordones del cojín. Pensándolo después, a Horiki no le había costado ni un céntimo el divertirse conmigo.

Su anciana madre apareció con dos platitos de jalea en una bandeja.

—¿Eh, qué nos traes? —dijo Horiki con afecto filial, haciendo el papel de un hijo modelo y hablando en un lenguaje tan respetuoso que me parecía muy extraño en él —. ¿Jalea? ¡Qué maravilla! Por favor, no debías haberte tomado la molestia. Voy a salir pronto. Pero, bueno, ya que se trata de la jalea que preparas tan bien, seria una lástima dejarla —y dirigiéndose a mí—. Anda, sírvete. Mi madre la ha preparado. ¡Qué sabrosa! ¡Ya verás que es una delicia!

No parecía estar haciendo comedia mientras se la comía contentísimo con el mayor deleite. La probé, pero era desabrida y cuando llegué a la torta glutinosa de arroz del fondo, no era torta sino algo que no podía identificar. No es que despreciara su pobreza, ni mucho menos. Entonces no me pareció tan mala la jalea y me conmovió la amabilidad de su madre. Pese a que temía la pobreza, no creo que nunca la llegase a menospreciar.

Viendo la alegría con que Horiki se comía su jalea, me di cuenta de la frugalidad de la gente urbana y de la enorme diferencia entre su vida en casa y fuera. Por mi parte, cual idiota en perpetua huida de la sociedad humana, no diferenciaba ambas, de modo que me dio la impresión de que hasta Horiki me había dejado de lado. Mientras comía la jalea con unos palillos de laca descascarillada, me invadió una insoportable tristeza.

—Perdona, pero hoy tengo cosas que hacer —dijo Horiki levantándose y poniéndose la chaqueta—. Con tu permiso, me marcho.

Entonces llegó una visitante, y eso cambió por completo mi fortuna. Horiki pareció muy animado de repente.

—Pensaba ir a verte, pero él llegó sin avisar. No, qué va, no molestas en absoluto… Pasa, por favor.

Se apresuró a ofrecerle mi cojín, y al entregárselo le di la vuelta; pero él lo giró de nuevo antes de ofrecérselo a la mujer. Además del cojín de Horiki, en la habitación había tan sólo uno para visitantes.

La mujer era delgada y alta. Dejando el cojín a un lado, se sentó sobre los talones en la esquina próxima a la entrada. Me quedé escuchando abstraídamente la conversación entre ambos. Al parecer, ella era empleada de una revista y había venido a recoger una ilustración que le había encargado.

—Acontece que estamos con un poco de prisa…

—Ya está lista. La terminé con tiempo. Aquí está.

Entonces llegó un telegrama. Mientras lo leía, el buen humor en el rostro de Horiki desapareció.

—¡Eh!, ¿se puede saber qué ha pasado? —me dijo. Era un telegrama de «El lenguado».

—Bueno, debes volver enseguida. Tendría que acompañarte a casa yo mismo, pero no tengo tiempo. ¿Cómo puedes andar tan tranquilo después de haberte escapado de casa?

—¿Dónde vives? —me preguntó la mujer.

—En Okubo —repuse espontáneamente.

—Entonces es cerca de mi oficina.

La mujer había nacido en Koshu y tenía veintiocho años. Hacía tres que se había quedado viuda y vivía en un apartamento en Koenji con su hija de cinco años.

—Parece que hayas tenido una niñez muy dura. Me he dado cuenta enseguida, ¡pobrecillo!

Desde ese día me convertí en un hombre que vivía de una mujer. Cuando Shizuko —así es como se llamaba aquella periodista— salía a trabajar a la oficina de su revista en Shinjuku, su hija de cinco años y yo nos quedábamos dócilmente en casa. Hasta que yo llegara, Shigeko se había quedado jugando en casa del administrador de los apartamentos, por lo que estuvo muy contenta de contar con la compañía de un «tío».

Pasé una semana abstraído en ese modo de vida. Por la ventana se veía una cometa atrapada entre los cables eléctricos, azotada y rasgada por el viento polvoriento de primavera; y aún así parecía aferrarse a los cables, agitándose como en movimientos afirmativos. Cada vez que la veía no podía evitar sonrojarme con una sonrisa amarga. Incluso se me aparecía entre sueños.

—Quiero dinero…

—¿Cuánto?

—Bastante. Cuando dicen que el fin del dinero es el fin del amor, tienen toda la razón.

—¡Vaya tontería! Cómo se te ocurren esos proverbios anticuados…

—¿Ah, sí? Tú no lo entiendes. Si sigo así, quizá termine marchándome.

—¿De verdad? ¿Quién te crees que está más necesitado? ¿Y quién se va a marchar? Déjate de bobadas…

—Quiero ganarme la vida y tener con qué comprarme sake y tabaco. Para que lo sepas, yo me considero más hábil dibujando que ese Horiki.

Entonces recordé mis autorretratos durante la escuela secundaria, aquellos que Takeichi calificó de «fantasmas». Obras maestras perdidas para siempre. Habían desaparecido en alguno de mis traslados, pero tenía la idea de que aquellas sí que eran pinturas que valían la pena. Después hice otras muchas, pero siempre sentí que se encontraban muy, muy por debajo, dejando mi alma vacía una y otra vez.

La copa de absenta nunca apurada. Este sentido de pérdida que jamás me abandonaría comenzó a tomar forma paulatinamente. Cada vez que hablaba de pintura, surgía ante mi vista la copa de absenta nunca apurada. «¡Cómo me gustaría mostrarle esas pinturas!», me decía con impaciencia, pensando que si las viera por fin creería en mi talento.

—¡No me digas! Cuando haces bromas con tanta seriedad eres de lo más gracioso.

Por supuesto, no era broma. Era la verdad. Si sólo le hubiera podido mostrar mis pinturas. Pero me resigné y, cambiando de ánimo, le dije:

—Me refiero a tiras cómicas. Seguro que en esto soy mejor que Horiki, por lo menos.

Estas palabras, una bufonada más, se las tomó sorprendentemente en serio.

—Es cierto. Quedé impresionada al ver las historietas que siempre dibujas para Shigeko; hasta a mí me hicieron reír. ¿Qué te parece si lo intentas? Puedo proponérselo al editor jefe de mi revista.

Su empresa publicaba también una revista mensual infantil, no muy conocida.

«Sólo con verte, a cualquier mujer le entran deseos irreprimibles de hacer algo por ti…». «Pese a que siempre eres tan tímido, resultas de lo más gracioso…». «Aunque a veces pareces tan solo y deprimido, así todavía te ganas más el corazón de las mujeres…». Shizuko me halagaba con estos y otros comentarios que yo, como correspondía a un hombre mantenido, aceptaba con docilidad.

Cuando pensaba en mi situación me sentía hundido, sabiendo que para recuperar la vitalidad más que una mujer me hacía falta dinero. Quería huir de Shizuko y ganarme la vida. Pero cuanto más pensaba en esto más dependiente me volvía de ella. Esta mujer fuerte de la región de Shinshu se ocupaba de todo, empezando por los trámites para resolver mi huida de casa, lo que causó que acabase adoptando una actitud de mayor timidez todavía.

Gracias a las gestiones de Shizuko, se organizó un encuentro entre ella, «El lenguado» y Horiki, decidiéndose que se cortaban las relaciones con mi familia y que viviría con ella. También por su intervención, mis tiras cómicas comenzaron a producir más dinero del que podía esperar; por fin pude comprar mi sake y mi tabaco, pero cada vez me sentía más desamparado y solitario. Sentía hundirme más y más. Cuando dibujaba la tira cómica en serie *Las aventuras de Kinta y Ota*, me acordaba de repente de mi casa natal y me entraba tal tristeza que mi pluma se resistía a moverse y, con la cabeza gacha, no podía contener las lágrimas.

En esas ocasiones, Shigeko me ayudaba. Para entonces, ya me llamaba «papá» como si fuera lo más natural del mundo.

—Papá, ¿es cierto que si rezo Dios me concederá lo que le pida?

Entonces se me ocurrió que yo podría hacer una plegaria así: «Dame, por favor, una voluntad gélida. Muéstrame la naturaleza del ser humano. ¿No es un pecado que las personas vivan rechazándose unas a otras? Concédeme, por favor, una máscara de ira».

—Claro. Dios concederá a Shigechan todo lo que quiera, pero a papá quizá no.

Hasta Dios me daba miedo. No podía creer en su amor, sino sólo en su castigo. La fe… Me parecía que eso equivalía a colocarse ante un tribunal, dispuesto a recibir el castigo divino. Creía en el infierno, pero me costaba mucho creer en el cielo.

—¿Por qué a ti no?

—Porque no obedecí a mis padres.

—Pero todos dicen que papá es muy buena persona…

Porque los engañaba. Era cierto que toda la gente en este pequeño edificio de apartamentos era amable conmigo, pero no podía explicar a Shigeko el miedo que me inspiraban todos, ni cómo cuanto más les temiera más bien les caía, y que su amabilidad sólo aumentaba mi temor, lo que me empujaba a huir de todos.

—Dime, Shigechan, ¿qué quieres que Dios te conceda? —le pregunté despreocupado.

—Quiero que vuelva mi verdadero papá.

Me dio un vuelco el corazón y me sentí mareado. Un enemigo… ¿Era yo el enemigo de Shigeko, o ella era el mío? En todo caso, aquí tenía a un adulto para aterrorizarme. Un extraño, un extraño incomprensible, un extraño lleno de secretos… De pronto, así se me apareció el rostro de Shigeko. Me había engañado pensando en que Shigeko era diferente, pero no. También ella era como la vaca que da un latigazo fulminante e inesperado con la cola para matar a un tábano. Entonces supe que, a

partir de ese momento, debería ser tímido incluso con aquella niña.

—¡Eh! ¿Está el sátiro en casa?

Era Horiki, que había decidido visitarme de nuevo. Pese a que me había tratado con tanta frialdad el día que me marché de casa, no podía rechazarlo y salí a recibirlo con una leve sonrisa.

—Ya he visto que tus tiras cómicas se han vuelto muy populares, ¿no? No hay nada que hacer contra los aficionados; no tienen miedo a nada. Pero no te confíes. Tus dibujos todavía no valen mucho.

Tuvo la desfachatez de hablarme en tono de maestro. Pensé en la cara que pondría si le mostrara mis pinturas de «fantasmas».

—No digas eso, que se me escapan los lamentos —repuse, revolviéndome en el vacío tal como era mi costumbre.

Horiki parecía más satisfecho todavía.

—No tienes más talento que el justo para salir adelante. Tarde o temprano quedarás en evidencia.

El talento para salir adelante… No podía más que mostrar una sonrisa amarga. ¡Tener yo el talento para seguir adelante! Alguien como yo, que tenía miedo a los seres humanos y les esquivaba y engañaba, podía en la superficie ser como el que cree en proverbios como «El dios desconocido no castiga». ¿Será posible que los seres humanos no se comprendan? ¿Que dos amigos se equivoquen por completo al juzgarse el uno al otro? Después de haber pasado una vida entera sin darse cuenta de la verdad, se percatan de su error y lloran al leer sobre la muerte del otro en el periódico.

Horiki contribuyó a resolver todo el asunto de mi huida, aunque sólo de mal grado y porque se lo pidió con insistencia Shizuko; y ahora se comportaba como si le debiese haber tenido una segunda oportunidad en la vida o me hubiera arreglado el casamiento. De cuando en cuando, se dedicaba a soltarme algún sermón con expresión grave. Algunas veces se presentaba en plena noche completamente bebido y se quedaba a dormir, y otras venía a pedirme prestados cinco yenes. Siempre esa cantidad exacta.

«Debes parar de divertirte con mujeres; la sociedad no te lo va a permitir…», me aconsejó. ¿Y qué diablos era esta «sociedad»? ¿Acaso el plural de «seres humanos»? ¿Cuál era la esencia de eso llamado «sociedad»? Había vivido en esta sociedad a la que siempre había tenido por poderosa, severa, temible… Pero al escuchar las palabras de Horiki tuve en la punta de la lengua la pregunta: «¿Con lo de "sociedad", te estás refiriendo a ti mismo?». Sin embargo, no quería hacerle enojar, de modo que me quedé callado.

«La sociedad no te lo va a permitir. Pero no es la sociedad, ¿acaso no serás tú? Si te comportas así, la sociedad te va a castigar. Mas no será la sociedad, serás tú, ¿verdad? La sociedad te enterrará en el olvido. No la sociedad, tú lo harás».

Me vinieron a la mente pensamientos como «¡Conoce tu propia vileza, astucia y

malas artes!». Pero me limité a secarme el sudor del rostro con un pañuelo y dije sonriendo:

—Mira, ¡sudor frío! ¡Sudor frío!

A partir de entonces me convencí de que la llamada sociedad es el individuo. Y con esta idea, fui capaz de comportarme más de acuerdo con mi propia voluntad. Según Shizuko, me volví un poco caprichoso y perdí la timidez; Horiki opinó que me había poseído una extraña tacañería; y a Shigeko le daba la impresión de que no la trataba con tanto cariño como antes.

En silencio y sin una sonrisa, me pasaba los días cuidando de Shigeko y dibujando historias de *Las aventuras de Kinta y Ota*, *El monje optimista* o *El atolondrado Pin*, que ni yo mismo comprendía, y se publicaban en las revistas de mala muerte que me las encargaban. Además de la revista de Shizuko, me habían pedido trabajo otras, a cual peor.

Dibujaba con un ánimo sombrío y muy lentamente, sólo para ganar con qué comprar sake. Cuando Shizuko regresaba del trabajo para reemplazarme en el cuidado de la niña, salía disparado hacia la estación de Koenji, donde había unos bares donde servían bebida barata y fuerte. Al cabo de un rato, ya más animado, volvía al apartamento.

—Cuanto más te miro más rara me parece tu cara —le dije un día a Shizuko—. ¿Sabes una cosa? *El monje optimista* se me ocurrió al verte durmiendo.

—Pues mira, tu cara al dormir parece de lo más envejecida. Aparentas cuarenta años, por lo menos.

—Es culpa tuya. Tú has absorbido mi vitalidad. El hombre es como una corriente de agua. ¿Para qué inquietarse? Un sauce a la orilla del río…

—Déjate de charlas y vete a dormir. ¿O vas a cenar? —dijo tan tranquila, sin tomarme en serio.

—Si hubiera sake, lo tomaría con mucho gusto. El hombre es como una corriente de agua… La corriente del hombre… ¡no, no!… El agua corre, la vida corre…

Mientras yo canturreaba, Shizuko me había desvestido y yo me quedé dormido con la cabeza apoyada en su pecho. Cada día terminaba igual.

> Y mañana, vuelta a empezar
> cumpliendo la misma regla que la víspera,
> huyendo de grandes alegrías y pesares,
> como un sapo que evita una piedra en el camino…

Cuando leí por primera vez la traducción de este poema de un tal Guy Charles Cros, me sonrojé violentamente pese a encontrarme solo. Un sapo. Eso era yo. Lo de menos era que la sociedad me aceptara o no, que me enterrara en el olvido o no. Era un animal inferior a un perro o un gato. Un sapo. Lo único que hacía era moverme lentamente.

Cada vez bebía más. Ya no me limitaba a las cercanías de la estación de Koenji,

sino que iba hasta Shinjuku o Ginza. Algunas noches no regresaba a casa. A propósito, hacía cualquier cosa contraria a lo convencional, besaba indiscriminadamente a las camareras de los bares, y bebía de una forma mucho más salvaje que antes del intento de suicidio. Como necesitaba más dinero del que ganaba me dediqué a empeñar los kimonos de Shizuko.

Había pasado un año desde que sonreí tristemente al ver la cometa rota atrapada entre los cables. Estaban a punto de salir las hojas de los cerezos cuando llevé las fajas de kimono y los kimonos interiores de Shizuko a la casa de empeños. Con el dinero que me dieron me fui directo a Ginza y me pasé dos días sin volver a casa. A la tercera noche me entró cierto arrepentimiento, volví al apartamento y entré sigilosamente. Al llegar ante la puerta del dormitorio de Shizuko, oí que madre e hija conversaban.

—¿Por qué bebe sake?

—Papá no bebe porque le guste. Lo hace porque es demasiado bueno…

—Entonces, ¿todas las personas buenas beben?

—No necesariamente, pero…

—Seguro que papá tendrá una sorpresa.

—Pero quizá no le guste. ¡Anda! ¡Se ha escapado de la caja!

—Se parece a *El atolondrado Pin*.

—Es verdad.

Oí que Shizuko se reía suavemente, como si estuviera contenta. Abrí la puerta en silencio y eché una mirada: había un conejito blanco correteando por toda la habitación, y ambas lo estaban persiguiendo.

«Las dos viven felices», pensé. «He sido un idiota metiéndome entre ellas y causándoles sinsabores. ¡Qué humilde felicidad la suya! Son buenas… Dios mío, si puedes escuchar la plegaria de alguien como yo, concédeme la felicidad, aunque sea una sola vez en la vida». Sentí el impulso de ponerme de rodillas y juntar las manos. Cerré la puerta con cuidado y me marché de nuevo a Ginza, para nunca más regresar a esa casa.

Mi segunda experiencia como hombre mantenido tuvo lugar en la planta alta de un bar cerca de la estación de Kyobashi, donde me dediqué a holgazanear.

La sociedad. Para entonces hasta yo estaba empezando a tener una ligera idea de qué se trataba. O sea, una lucha entre individuos. Y una lucha que el ganarla lo supone todo. El ser humano no obedece a nadie. Hasta los esclavos llevan a cabo entre ellos mismos sus venganzas mezquinas. Los seres humanos no pueden relacionarse más allá de la rivalidad entre ganar y perder. A pesar de que colocan a sus esfuerzos etiquetas con nombres grandilocuentes, al final su objetivo es exclusivamente individual y, una vez logrado, de nuevo sólo queda el individuo. La incomprensibilidad de la sociedad es la del individuo. Y el océano no es la sociedad sino los individuos que la forman. Y yo, que vivía atemorizado por el océano llamado «sociedad», logré liberarme de ese miedo. Aprendí a actuar de una forma descarada,

olvidándome de mis interminables preocupaciones, respondiendo a las necesidades inmediatas.

«Me separé», dije tan sólo. Pero eso fue suficiente. Yo había decidido la vencedora y la vencida. A partir de esa noche me instalé sin cumplimientos en la primera planta, encima del bar. Además, la sociedad que se suponía me iba a castigar no me hizo el menor daño y, desde luego, yo no ofrecí ninguna explicación. Como la patrona no puso ningún inconveniente, todo iba a pedir de boca.

En el bar me trataban como a un cliente, al dueño, al mozo de los recados o a un pariente de la patrona; lo cierto es que debía haber dado la impresión de una existencia enigmática, pero la «sociedad» no parecía encontrar en mí nada sospechoso. Es más, los clientes habituales me llamaban «Yochan» con una amabilidad espantosa y me invitaban a tomar algo.

Poco a poco, deje atrás mi actitud cautelosa hacia el mundo. Incluso llegué a convencerme de que no era un lugar tan horrible. Mi terror pasó a confundirse con el que sentía por los cientos de miles de microbios que esparce una tos, los que amenazan los ojos en los baños públicos o los que infectan las barberías causando calvicie, la sarna que pulula en las correas de los tranvías, quizá las larvas de insectos o huevos de la solitaria que se ocultan en el pescado crudo y la carne mal cocida, o el caminar descalzo a riesgo de pisar un vidrio y que la astilla circule por mi cuerpo hasta alcanzar el ojo y dejarme ciego, según cuentan por ahí las «supersticiones científicas». Por supuesto, imaginaba que era cierto eso de que había cientos de miles de bacterias flotando y nadando por todas partes. Pero, al mismo tiempo, me di cuenta de que si no les hiciera el menor caso, se rompería cualquier relación con ellas y entonces no serían para mí más que «fantasmas científicos». Me atemorizaron tanto con las estadísticas —si dejaba en mi fiambrera del almuerzo tres granos de arroz, y cada día diez millones de personas hicieran lo mismo, cuántos sacos de arroz se despilfarrarían; y también que si cada día estos diez millones de personas gastaran un pañuelo de papel menos, la cantidad de pulpa que se ahorraría— que cuando me dejaba un grano de arroz o me sonaba sentía que contribuía al desperdicio de montañas de arroz o de pulpa y me invadía una angustia como si hubiese cometido un horrible delito. Pero todo esto son mentiras de la ciencia, la estadística y las matemáticas, ya que no es posible ir recogiendo el arroz de tres en tres granos. En el caso de las multiplicaciones y divisiones, que son problemas de lo más simple, se dedican a calcular las probabilidades de que alguien entre al servicio con la luz apagada y tropiece con la taza y se caiga, o de que un pasajero ponga el pie en el espacio entre el vagón del metro y el andén, entre otras tonterías. Por supuesto, todo puede acontecer, pero nunca he oído de nadie herido por haber puesto el pie en la taza del inodoro. Me dio pena de mí mismo recordar que hasta poco tiempo atrás, cuando me enseñaron estos «hechos científicos», me los creí ciegamente y me atemorizaron.

Me entraron ganas de reír con sólo pensar cómo iba conociendo poco a poco de qué se trataba el mundo.

Pese a todo, los seres humanos me inspiraban temor; y no podía encontrarme con los clientes del bar sin haberme tomado un vaso de sake. Tenía miedo y, no obstante, iba al bar, igual que un niño que tiene un poco de miedo a su mascota y, por eso, la aprieta con más fuerza entre sus manos. Bajo los efectos del alcohol, me acostumbré a prodigar ante los clientes torpes teorías sobre el arte.

Un dibujante de historietas anónimo, que no conocía ni grandes alegrías ni grandes tristezas. Deseaba que me llegara alguna inmensa felicidad, aunque después le siguiera la desgracia más profunda; pero entonces mi único placer era charlar trivialidades con los clientes y beberme su sake.

Ya llevaba un año en esta fútil vida en Kyobashi. Mis historietas ya no sólo se limitaban a revistas infantiles sino que también aparecían en publicaciones obscenas que vendían en los kioscos de las estaciones. Bajo el absurdo seudónimo de Ikita Joshi[16], dibujaba desnudos lascivos a los que añadía versos del *Rubaiyat*[17].

Sin embargo, en aquella época una doncella se empeñó en que dejara de beber. «No puede ser que beba desde la mañana día tras día», decía. Era una muchacha de unos diecisiete o dieciocho años que trabajaba en un pequeño estanco frente al bar. Yoshichan era pálida y tenía los dientes mal alineados. Cada vez que iba a comprar tabaco me sonreía y me repetía el consejo.

—¿Qué tiene de malo? «Bebe, que es el tiempo enemigo implacable y no es fácil que goces de otro día tan tuyo». Muchos años atrás hubo un poeta persa… Bueno, dejémoslo. «En el corazón exhausto por las penas, renacerá la esperanza con la leve ebriedad que trae el cáliz…». ¿Entendiste?

—No entendí nada.

—¡Qué chica! Te voy a besar.

—Adelante —dijo, sin enfadarse lo más mínimo, sacando el labio inferior.

—Vaya con la niña tonta y su casta resignación…

Pero algo en la expresión de Yoshichan indicaba que era virgen, todavía no mancillada por nadie.

Cierta noche de frío terrible poco después del Año Nuevo, salí considerablemente bebido a comprar tabaco y, justo frente al estanco, me caí dentro de una alcantarilla. «¡Yoshichan, ayúdame!», grité. Ella me sacó de allí y me curó el brazo derecho.

—Bebes demasiado —sentenció con sentimiento y sin una sonrisa.

No me importa morir, pero no quiero ni pensar en lo que puede ser quedarse inválido. Mientras Yoshichan me curaba, se me ocurrió que podía dejar de beber.

—No voy a tomar más. A partir de mañana no probaré ni una gota.

—¿En serio?

—De verdad, lo dejo. Pero, si cumplo mi propósito, ¿te querrás casar conmigo? —dije, aunque lo de hacerla mi esposa era en broma.

—Por supu.

Por supu significaba «por supuesto»; una de las frecuentes abreviaciones que estaban de moda entre los jóvenes.

—Muy bien. Vamos a enlazar los meñiques para prometerlo. Dejo la bebida, de verdad.

Al día siguiente, al mediodía, ya estaba bebiendo. Cuando al atardecer salí con paso inseguro, me quedé de pie ante el estanco.

—Perdona, Yoshichan. He estado bebiendo.

—¡No puede ser! Seguro que finges estar bebido —dijo sobresaltada. Su actitud me despejó en el acto.

—He bebido, de verdad. No estoy fingiendo en absoluto.

—No te burles de mí. ¡Mira que eres malo! —dijo sin sospechar nada.

—Salta a la vista. He estado bebiendo desde mediodía. Perdóname.

—¡Qué bien haces comedia!

—No es comedia. ¡Qué tonta eres! Te voy a besar.

—Adelante.

—No, no tengo derecho. Voy a tener que sacarme de la cabeza el casarme contigo. Mírame la cara, estoy rojo, ¿verdad? Porque he estado bebiendo.

—Pareces rojo por la luz del atardecer. No trates de engañarme. ¿No intercambiamos promesas ayer? Entonces, no puede ser que hayas bebido. Entrelazamos los meñiques, ¿verdad? Por lo tanto, eso de que bebiste es falso, falso, falso.

El rostro pálido de Yoshichan, sentada en la mal iluminada tienda, me pareció venerable como el de una virgen. Hasta entonces, nunca me había acostado con una mujer más joven y, además, virgen. Quise casarme con ella, conocer una felicidad inmensa aunque después llegara un enorme sufrimiento. Había pensado que la belleza de la virginidad no se trataba más que de ilusiones dulzonas y sentimentales de los poetas, pero lo cierto es que existía en este mundo. Nos casaríamos y, al llegar la primavera, saldríamos en bicicleta para ver las cascadas entre las hojas nuevas. Lo decidí en el acto, era cuestión de ganar o perder, y yo me propuse robar esa flor.

Al cabo de un tiempo nos casamos. No experimentamos esa felicidad inmensa, aunque decir que el sufrimiento que vino después fue horrible es quedarse corto, ya que alcanzó extremos inimaginables. En realidad, el mundo continuaba siendo para mí un lugar de horror insondable. No se trataba de un lugar fácil en el que todo se decidiera simplemente entre ganar o perder.

Tercer cuaderno de notas

Segunda parte

Horiki y yo. Nos relacionábamos despreciándonos mutuamente y volviéndonos cada vez más triviales; si esto es lo que el mundo llama «amistad», entonces no hay duda de que eramos amigos.

Por mi parte, me aferraba a la magnanimidad de la dueña del bar de Kyobashi. Parece un poco extraño hablar de magnanimidad en una mujer, pero según mi experiencia, por lo menos en Tokio, las mujeres poseen esta cualidad en mucho mayor grado que los hombres. Por lo general, los hombres son mezquinos y temerosos de las apariencias.

Cuando llegó la hora de casarme con la muchacha del estanco, gracias a la dueña del bar pude alquilar una habitación en un edificio de apartamentos de madera de dos plantas en Tsukiji, cerca del río Sumida. Dejé por completo la bebida y me dediqué de lleno a mi trabajo de dibujar historietas. Después de cenar, salíamos los dos al cine y luego tomábamos algo en una cafetería o comprábamos alguna maceta con flores. Pero más que esto me gustaba escuchar lo que decía u observar el comportamiento de esta joven esposa que confiaba en mí totalmente. Llegó a calentárseme el corazón con los dulces pensamientos de que quizá, poco a poco, me convirtiera en un ser humano normal y no tuviera que morir de una forma trágica. Entonces apareció de nuevo Horiki.

—¡Hola, seductor! ¿Eh? ¿Qué es esta expresión de prudencia? He venido a traerte un recado de la Koenji —comenzó, aunque de repente bajó la voz. Señaló con la barbilla a Yoshiko, que estaba preparando el té en la cocina, como preguntando: «¿Puedo hablar?».

—No te preocupes. Puedes decirme lo que sea —repuse de lo más tranquilo.

Se podía decir que Yoshiko era un genio de la confianza. Pese a que le conté sobre la patraña del bar de Kyobashi y sobre lo acontecido en Kamakura con Tsuneko, no le dio mayor importancia. No es que yo fuese un hábil mentiroso; es más, pese a que a veces le contaba las cosas sin tapujos, parecía que se las tomase a broma.

—Como siempre, derrochando aplomo. No es nada importante; sólo me encargó que te dijera que la visites de vez en cuando.

El pájaro de mal agüero se había acercado batiendo sus alas y abriendo las heridas de la memoria con el pico. Enseguida se mostraron ante mis ojos todas y cada una de las vergüenzas y culpas pasadas; sentí un miedo tal que casi grité. Ya no podía quedarme sentado.

—¿Tomamos un trago? —propuse.

—Bueno —aceptó Horiki.

Yo y Horiki. Incluso podíamos haber parecido dos seres humanos iguales a los demás. Aunque, por supuesto, sólo mientras íbamos de un lado a otro tomando sake barato. Al mirarnos a la cara, en un abrir y cerrar de ojos nos transformábamos en dos perros de idéntica forma e igual pelaje que salían a deambular por las calles cubiertas de nieve recién caída.

A partir de ese día, se volvió a avivar nuestra amistad. Comenzamos a ir juntos al pequeño bar de Kyobashi y, poco después, ya nos presentábamos de vez en cuando borrachos como unas cubas en el apartamento de Shizuko, en Koenji, y ni se nos ocurría volver a casa a dormir.

Nunca olvidaré cierta noche de verano calurosa y húmeda. Horiki se presentó hacia el atardecer en mi casa, ataviado con un kimono de algodón muy raído, contándome que, debido a un apuro, se había visto obligado a empeñar su traje de verano y le daba pena que su madre se enterase, de modo que necesitaba dinero para redimirlo.

Por desgracia, en mi casa no había un céntimo. Pero, tal como acostumbraba a hacer, le pedí a Yoshiko que llevase algunos de sus kimonos a la casa de empeños. Le entregué el dinero necesario a Horiki y, como había sobrado un poco, la envié a que comprara *shotchu*[18]. Para celebrar nuestra miserable fiesta, subimos al tejado de la casa, donde de vez en cuando llegaban soplos de viento con olor a cloaca del rio Sumida.

Nos pusimos a jugar a adivinar nombres cómicos y trágicos. Este entretenimiento, que yo mismo inventé, estaba basado en la idea de que, al mismo tiempo que los nombres se dividían en masculinos, femeninos y neutros, también se podían clasificar en cómicos y trágicos. Por ejemplo, el barco y la locomotora de vapor eran nombres trágicos, mientras que el tranvía y el autobús eran cómicos. Las personas que no entendiesen la razón no estaban capacitadas para discutir sobre arte; y el guionista de teatro que incluyese tan sólo un nombre trágico en una comedia, sólo por esto ya se podía considerar un fracasado. Lo mismo ocurriría en sentido inverso para un autor de tragedias.

—¿Estás listo? ¿El tabaco? —pregunté.

—Trágico —repuso Horiki en el acto.

—¿Y los medicamentos?

—¿En polvo o en tabletas?

—Las inyecciones.

—Trágicas.

—No sé… También hay inyecciones de hormonas.

—Trágicas, sin lugar a dudas. ¿No son las agujas de lo más trágico?

—Bueno, tú ganas. Pero ¿no te parece sorprendente que las medicinas y los médicos sean cómicos? ¿Y la muerte?

—Cómica. Tanto en el caso del cristianismo como del budismo.

—¡Muy bien! Entonces, la vida es trágica.

—No, también es cómica.

—No puede ser. A este paso todo va a ser cómico. Bueno, te preguntaré uno más, ¿y los dibujantes de historietas? No dirás que son trágicos, ¿verdad?

—Trágicos, trágicos. Es un nombre muy trágico.

—¿Qué dices? ¡Tú sí que eres trágico a más no poder!

Habíamos llegado a estos absurdos juegos de palabras sin ninguna gracia, pero estábamos muy satisfechos con una diversión tan refinada, desconocida en los salones sociales del mundo.

También había inventado un entretenimiento parecido. Era el adivinar antónimos. El antónimo de negro es blanco; pero el de blanco es rojo; y el de rojo, negro.

—¿Cuál es el antónimo de flor?

—Hmmm… Como había un restaurante llamado Hanatsuki[19], será luna, ¿no?

—No, esto no es un antónimo; más bien se trata de un sinónimo. ¿No ocurre lo mismo con estrella y violeta? Son sinónimos, no antónimos.

—Ya veo. Entonces, la abeja.

—¿La abeja?

—En las peonías… ¿No hay hormigas?

—No, esto es el tema de una pintura. ¡Déjate de subterfugios!

—¡Ya está! Una masa de nubes sobre las flores…

—Querrás decir sobre la luna…

—Eso, eso. Las flores al viento. Es el viento. El antónimo de las flores es el viento.

—No vamos bien. Esto parece salido de una balada *naniwabushi*[20]. Se nota de donde vienes.

—Bien, entonces un laúd.

—Peor aún. Para encontrar el antónimo de flor… debes buscar lo más distinto a una flor que haya en el mundo.

—A ver… Espera. ¡Una mujer!

—Entonces, ¿cuál es el antónimo de mujer?

—Entrañas.

—No tienes mucho sentido poético, ¿eh? Bueno, ¿y el antónimo de entrañas?

—Leche de vaca.

—Esta estuvo bien. Probemos una vez más. ¿Cuál es el antónimo de vergüenza?

—La sinvergonzura. Un dibujante popular llamado Ikita Joshi.

—¿Y qué me dices de un tal Masao Horiki?

A medida que seguíamos el juego, cada vez nos reíamos menos y nos estaba enerando ese peculiar estado de ánimo sombrío, como si tuviéramos el cráneo lleno de vidrios rotos, propio de la embriaguez con *shotchu*.

—Déjate de desfachateces. Yo no he pasado por el deshonor de que me llevaran atado con una cuerda.

Tuve un sobresalto. En el fondo, Horiki no me trataba como a un ser humano sino como a un deshonrado que escapó a la muerte, un fantasma imbécil, un cadáver viviente; y su amistad sólo consistía en utilizarme al máximo para sus placeres. Por supuesto, estos pensamientos no fueron nada agradables; pero, pensándolo bien, era comprensible que Horiki me viese de esa manera, ya que desde niño era indigno de ser humano, y quizá fuera muy razonable que hasta él me despreciara.

—Delito. ¿Cuál es el antónimo? Esta es difícil, ¿eh? —pregunté, aparentando calma.

—La ley —repuso tan tranquilo.

Miré de nuevo el rostro de Horiki. Estaba iluminado de rojo por el neón parpadeante de un edificio cercano y tenía la siniestra dignidad de un policía diabólico que me fulminó.

—No es cierto.

¡A quien se le ocurría decir que la ley era el antónimo del delito! Pero las personas pensaban de una forma así de simple, por eso podían seguir viviendo. Dicen que los delitos pululan donde no hay policías.

—Entonces, ¿qué es? ¿Dios? Si ya me parecía que olías a curilla cristiano. ¡Qué desagradable!

—No te salgas por la tangente. Busquémoslo entre los dos. ¿No te parece un tema interesante? Me da la impresión de que se puede conocer a alguien sólo por la respuesta que dé.

—No creo… El antónimo de delito es bondad. Digamos que un ciudadano bondadoso como yo.

—¡Déjate de bromas! Pero bondad es el antónimo de maldad, no el de delito.

—¿Son diferentes maldad y delito?

—Creo que sí. La bondad y la maldad son conceptos inventados por el ser humano, palabras de una moralidad que se fabricó a su gusto.

—¡Qué pesado eres! Pues entonces será Dios. ¡Dios! ¡Dios! Si dices que el de cualquier cosa es Dios, seguro que no falla. Oye, tengo hambre.

—Ahora Yoshiko está cociendo unas alubias ahí abajo.

—¡Qué bien! Me gustan las alubias.

Horiki estaba tirado en el suelo, con la cabeza apoyada en las manos.

—Parece que no estás muy interesado en el delito.

—Desde luego, porque no soy un delincuente como tú. No causo la muerte de las mujeres ni me apropio de su dinero, aunque me guste divertirme.

Estuve a punto de decir con desespero que yo no causaba su muerte ni me apropiaba de su dinero con voz disfrazada de broma; pero enseguida recordé mí propia maldad y cambié de idea.

No hay forma de que pueda discutir con alguien cara a cara. Estaba luchando contra mi estado de ánimo, más áspero a cada momento que pasaba debido a los efectos depresivos del *shotchu*.

—No son delitos sólo las acciones castigadas con la cárcel —murmuré como para mí mismo—. Encontrar el antónimo de delito, creo que podría ayudar a conocer su esencia. Dios… salvación… amor… luz… El antónimo de Dios es Satanás; el de salvación podría ser agonía; el de amor, odio; el de luz, oscuridad; el de bondad, maldad. Delito y oración, delito y arrepentimiento, delito y confesión, delito y… ¡Aaah…! Todos son sinónimos. ¿Cuál será el antónimo de delito?

—El antónimo de delito es miel[21]. Tan dulce. Bueno, ya no aguanto más de hambre. ¿Por qué no traes algo de comer?

—¿Por qué no lo traes tú?

Por primera vez en la vida, hablé con una voz desbordante de ira.

—Bueno, bajaré y voy a cometer un delito con Yoshichan. Vale más un hecho real que tantas discusiones. El antónimo de delito es miel, alubias… No, ¡habas[22]!

Estaba tan bebido que no podía ni articular bien las palabras.

—¡Haz lo que te dé la gana y piérdete de vista de una maldita vez!

—Delito y un estómago vacío, un estómago vacío y habas… Ah, no. Son sinónimos… —murmuraba incoherencias mientras se levantaba tambaleante.

Crimen y castigo. Dostoievski. Estas palabras pasaron fugazmente por un rincón de mi cerebro, causándome un sobresalto. ¿No sería que Dostoievski había colocado juntas estas palabras no como sinónimos sino como antónimos? Crimen y castigo, dos palabras absolutamente incompatibles, tan diferentes como el hielo y el carbón. Me pareció comprender el lago turbio y pestilente, el fondo del caos de Dostoievski, que había pensado en crimen y castigo como antónimos. Estos pensamientos cruzaron mi mente como caballos al galope.

—¡Eh! ¡Tremendas habas! ¡Ven!

La voz y el color de Horiki habían cambiado. No hacía ni un momento que se había levantado tambaleante a más no poder y ya estaba aquí de nuevo.

—¿Qué diablos quieres?

Con una extraña sensación, ambos bajamos del tejado al primer piso, y ya nos disponíamos a bajar a la planta baja cuando Horiki se detuvo de repente.

—¡Mira! —dijo en voz baja, señalando algo con el dedo.

La pequeña ventana de mi habitación estaba abierta, y desde el lugar en el que estábamos se divisaba el interior, donde la luz encendida permitía ver dos animales.

—Así son los seres humanos. No hay nada de qué extrañarse —susurré con la cabeza dándome vueltas y la respiración agitada. Olvidándome de lo que le estaba aconteciendo a Yoshiko, me quedé inmóvil, de pie, en la escalera.

Horiki se aclaró ruidosamente la garganta. Subí de nuevo al tejado, corriendo como si huyera de alguien, y me dejé caer al suelo. Levantando la vista al cielo oscuro, cubierto de nubes de lluvia, no sentí ira ni repugnancia, ni tampoco tristeza; sólo un miedo horrible. No era el temor que podrían inspirar los fantasmas de un cementerio sino más bien el de encontrarse con un dios vestido de blanco en el bosque de cipreses de un santuario sintoísta; uno de los terribles miedos ancestrales que no pueden describirse con pocas palabras. A partir de esa noche, me salieron las primeras canas prematuras. Perdí por completo la seguridad en mí mismo, aumentaron mis sospechas hacia el ser humano hasta profundidades inconmensurables, y se destruyeron todas las esperanzas, toda la alegría y toda la simpatía hacia las personas para siempre jamás. De hecho, lo acontecido aquella noche fue decisivo en mi vida. Se me había abierto un tajo entre las cejas, y, a partir

de entonces, esta herida me dolía cada vez que tenía que tratar con un ser humano.

—Lo siento por ti. Aunque espero que te sirva de lección. No volveré más por aquí. Este lugar es un verdadero infierno… Pero debes perdonar a Yoshichan. Además, tampoco es que tú seas una maravilla. Bueno, me marcho.

Horiki no era tan idiota como para quedarse remoloneando en una situación tan incómoda.

Subí de nuevo al tejado. Me serví más *shotchu y* me puse a llorar a voces. Podía haberme pasado el resto de la vida en llanto. En algún momento, llegó Yoshiko con un plato repleto de alubias y se quedó allí de pie, sin saber qué hacer.

—Dijo que no me haría nada…

—Está bien. No digas nada. Tú no sabías desconfiar de la gente. Anda, siéntate y comamos estas alubias.

Nos las comimos sentados uno junto al otro. Aaah… ¿será un delito la confianza en los demás? A veces, el hombre me había pedido que le dibujara historietas, pero siempre andaba con tacañerías por los pocos céntimos que le cobraba. Era un tendero ignorante, de unos treinta años y bajo de estatura.

Por supuesto, el tendero no apareció nunca más. Pero más que a él odiaba a Horiki, que, en lugar de aclararse la garganta para ahuyentarlo cuando lo vio la primera vez, me fue a buscar al tejado. Contra Horiki sí que sentía tal odio e ira que me hacía gemir en noches de insomnio.

Ni la perdoné ni la dejé de perdonar. Yoshiko era un genio a la hora de confiar en los demás. Nunca pensaba mal de nadie. Por eso, lo acontecido parecía aún más trágico.

Por mi parte, el que Yoshiko hubiese sido mancillada fue menos grave que el que su confianza en los demás se rompiera, pues esto causó un largo calvario que hizo mi vida insoportable. Para alguien tan tímido como yo, cuya confianza en los demás tenía una profunda grieta, la confianza sin tacha de Yoshiko parecía tan refrescante como una cascada entre las hojas nuevas. Una noche bastó para enturbiar de lodo amarillento esas aguas puras.

A partir de entonces, Yoshiko se inquietó por el menor de mis gestos. Cuando la llamaba, tenía un sobresalto y parecía no saber a dónde mirar. Por más que intentase hacerla reír con mis bufonadas, parecía asustada y nerviosa y, para colmo, se acostumbró a usar conmigo un lenguaje muy formal. ¿Podría ser la confianza pura una fuente de delito?

Me dediqué a buscar y leer libros sobre mujeres casadas mancilladas. Pero no encontré ninguna historia sobre una que hubiese sido deshonrada de una forma tan trágica. Lo ocurrido con Yoshiko no se podía convertir ni en un relato. Si, por lo menos, entre ella y el tendero hubiese habido algún sentimiento parecido al amor, me sentiría mejor. Pero, una noche de verano, Yoshiko no desconfió y aconteció aquello; yo terminé con un tajo entre las cejas, mi voz se hizo áspera y me salieron canas prematuras; y ella quedó condenada a vivir asustada el resto de sus días.

Por lo general, las mujeres de los libros que leí se enfrentaban a la situación de si el esposo perdonaba o no «el acto». Pero a mí me pareció que no era un problema tan complicado. Pensé que el hombre que tuviese en sus manos el poder de perdonar o no era afortunado; si pensara que no podía perdonar, en lugar de organizar tanto alboroto, lo mejor sería que se separase enseguida de su esposa y se buscase otra; y si no quisiese tomar esta medida, que tuviera paciencia con lo acontecido y la perdonase. De todos modos, todo se podía solucionar de acuerdo con los sentimientos del hombre. Sin duda, una cosa así es un tremendo golpe para un esposo, pero es distinto a una interminable sucesión de olas que no cesan de golpear. En fin, me dio la impresión de que era un problema que se solucionaba con la ira del esposo con derecho sobre ella. Pero, en mi caso, yo no tenía derecho ninguno y se me ocurrió que todo pasó por mi culpa. Por eso, en lugar de sentir indignación, ni se me ocurriría quejarme ya que mi esposa fue mancillada a causa de una valiosa cualidad; la insoportablemente lastimosa de su confianza sin tacha.

Al dudar de esta cualidad de la que había dependido, me sentí confuso y no me quedaba más refugio que el alcohol. Mi expresión se hizo dura y, como bebía *shotchu* desde la mañana, se me comenzaron a caer los dientes. Mis historietas rozaban la indecencia. No, voy a decir las cosas claras. Me dedicaba a copiar obras eróticas que vendía clandestinamente. Quería dinero para comprar *shotchu*.

Cuando veía a Yoshiko desviarme la mirada, me venía a la cabeza que por su costumbre de confiar en todo el mundo, ¿no habría tenido relaciones con el tendero más de una vez? ¿O con Horiki? ¿O quizá con algún hombre que yo no conociera? Mis dudas aumentaban, pero como no tenía el valor de preguntarle, escapaba bebiendo *shotchu*. A veces, cuando ya estaba bebido, le hacía malintencionadas preguntas capciosas y mi ánimo oscilaba entre la alegría y la tristeza según la respuesta; aunque en la superficie mostraba sólo mis constantes bufonerías. Después, le hacía a Yoshiko unas caricias surgidas del infierno y caía en un sueño fulminante.

Cierta noche, hacia final de año, regresé a casa con una borrachera mortal. Me apetecía tomar un vaso de agua con azúcar y, como Yoshiko estaba dormida, fui yo mismo a la cocina a buscar el azucarero. Cuando abrí la tapa, en lugar de azúcar había una cajita negra alargada. La tomé sin darle importancia, pero, al ver lo que estaba escrito en ella, me quedé atónito. Más de la mitad de las letras en japonés habían sido borradas rascando con la uña, pero quedaban las occidentales que se podían leer con toda claridad. Estaba escrito dial.

Dial… En esos tiempos me limitaba exclusivamente al *shotchu*, de modo que no tomaba somníferos. Pero como solía sufrir de insomnio, conocía bastante bien este tipo de medicamentos. Una caja de este Dial era más que suficiente para causar la muerte. Todavía estaba sellada; sin duda, después de haber borrado las letras en japonés, la debí guardar aquí tiempo atrás pensando en que algún día tal vez la necesitase. Como la pobrecilla de Yoshiko no podía leer la escritura occidental, me pareció suficiente borrar sólo la japonesa. «No tienes culpa de nada», pensé.

Sin hacer el menor ruido, llené un vaso de agua, abrí la caja y me tomé todo su contenido de una vez, bebiéndome después el agua con calma. Apagué la luz y me acosté.

Al parecer, pasé tres días sin recuperar el conocimiento. El médico me hizo el favor de considerarlo un error en la dosis y no informó a la policía. Según me contaron después, lo primero que hice al despertar fue gemir: «Me voy a casa». No tengo idea de a qué lugar me refería, pero, después de decir esto, me eché a llorar desconsoladamente.

Poco a poco, se despejó la niebla y vi a «El lenguado» sentado junto a mi cabecera con expresión malhumorada.

—La vez pasada también fue hacia final de año. Elige, precisamente, la época de más trabajo para hacer este tipo de cosas. Me va a matar a disgustos.

Su interlocutora era la patrona del bar de Kyobashi.

—Patrona… —llamé.

—¿Eh? ¿Cómo? ¿Ya estás despierto? —dijo sonriente, inclinando su rostro sobre el mío.

—Líbrame de Yoshiko… —pedí, llorando a lágrima viva.

Estas palabras me sorprendieron hasta a mí mismo. La patrona se levantó, emitiendo un leve suspiro.

Y también, sin pensar, se me escapó una bufonada absolutamente idiota.

—Quiero ir a donde no haya mujeres.

«El lenguado» estalló en risotadas, y la patrona se rio con discreción. Hasta yo, entre las lágrimas, me sonrojé y sonreí con amargura.

—Eso mismo. Creo que será lo mejor —se mostró de acuerdo «El lenguado», y continuó entre risas—: Debes ir a un lugar donde no haya mujeres. Para ti, donde haya mujeres hay problemas. Es una buena idea un lugar sin mujeres.

Un lugar sin mujeres. Lo peor es que lo dicho en mi delirio idiota se convirtió en una realidad muy trágica.

A Yoshiko se le metió en la cabeza que me quise envenenar para expiar lo acontecido con ella, por lo que se mostraba hacia mí mucho más turbada que antes. Dijera lo que dijese, no había forma de hacerla sonreír ni de sacarla de su silencio. Estar en casa me resultaba insoportable, de modo que, como antes, salía a tomar sake barato.

Después del asunto del Dial, adelgacé bastante, me pesaban los brazos y las piernas, y me daba pereza dibujar historietas. Cierta vez que «El lenguado» me visitó, me entregó algo de dinero, diciendo que era un regalo, como si hubiese salido de su propio bolsillo; aunque seguro que procedía de mis hermanos. Esta vez, al contrario de cuando me marché de su casa, pude percibir entre brumas este teatro de darse importancia; sin embargo, simule no darme cuenta y le di las gracias dócilmente. Pero me causó una extraña impresión, como si entendiera y, al mismo tiempo, no pudiera entender por qué la gente como «El lenguado» tenía que inventar unas

artimañas tan complicadas.

Con el dinero se me ocurrió de repente ir a tomar las aguas termales en un balneario al sur de la península de Izu. Pero yo no era el tipo de persona que disfruta yendo de una fuente termal a otra y, al pensar en Yoshiko, me entró una enorme tristeza que me impidió disfrutar contemplando con calma el paisaje montañoso por la ventana de la posada. Sin cambiarme a la ropa confortable que ofrecía ni molestarme en tomar las aguas, salí con prisas a la calle y me pasé el resto del tiempo en casas de té medio destartaladas, donde bebí tanto *shotchu* que hubiese bastado para tomar un baño. Regrese a Tokio sintiéndome bastante peor que antes de marcharme.

La noche que llegué a Tokio estaba nevando copiosamente. Bebido como estaba, me dediqué a pasear por las callejuelas de Ginza canturreando sin cesar el estribillo: «De aquí a mi tierra natal, ¿cuántos cientos de *ri*[23]?», mientras lanzaba puntapiés a la nieve que se acumulaba. De repente, vomité. Era la primera vez que vomitaba sangre. La mancha roja sobre la nieve pareció una gran bandera del Sol Naciente. Me puse en cuclillas y, llenándome las manos de nieve limpia, me la restregué por el rostro lleno de lágrimas.

«¿A dónde va este sendero? ¿A dónde va este sendero?», escuché como una alucinación la voz triste de una niña cantando, que parecía llegar de muy lejos. La infelicidad. En este mundo hay muchos tipos de gente infeliz… Mejor dicho, no exageraría si dijese que el mundo está formado por personas desgraciadas. Pero estas personas se quejan a la sociedad de sus desventuras y la sociedad las trata con benevolencia y comprensión. Sin embargo, mi infelicidad procedía por completo de mis pecados y no tenía cómo reclamar a nadie. Si se me ocurriese pronunciar, aunque fuera entre dientes, una sola palabra de protesta, no sólo «El lenguado» sino toda la sociedad se escandalizarían de mi desfachatez. Qué soy, ¿un egoísta? ¿O quizás, al contrario, demasiado débil? No lo sé, pero como soy un pecador redomado, estoy condenado a ser cada vez más infeliz sin saber cómo evitarlo.

Me levanté con la idea de conseguir alguna medicina apropiada. Entré en una farmacia cercana y, la dueña, en el mismo instante que se cruzaron nuestras miradas, se quedó muy derecha, con la cabeza levantada y una expresión fascinada en los ojos como si le hubieran disparado un flash en pleno rostro. Pero en su mirada no había alarma o desagrado sino más bien un deseo de ser salvada, una sombra de afecto. Ah, sin duda también era infeliz; una persona que sufre es sensible al sufrimiento ajeno. Entonces me di cuenta de que la mujer se levantaba con dificultad, apoyada en un par de muletas. Reprimí el impulso de acercarme corriendo a ella y, sin poder apartar la mirada de la suya, se me comenzaron a caer las lágrimas. También de los grandes ojos de la mujer comenzaron a caer en abundancia.

No pasó nada más. Sin decir una palabra, salí de la farmacia y regresé a casa con pasos vacilantes. Pedí a Yoshiko que me preparase un vaso de agua con sal y me dormí sin decir una palabra más. Al día siguiente me quedé en cama con el pretexto

de que sentía que iba a resfriarme. Por la noche, preocupado a más no poder por la sangre de la víspera, me levanté y me dirigí a aquella farmacia. Esta vez, con una sonrisa, le conté a la dueña con sinceridad todo lo acontecido y le pedí consejo.

—Debe dejar de beber.

Daba la impresión de que fuésemos parientes.

—Quizá sea alcohólico, porque incluso ahora tengo ganas de beber.

—No puede beber. Mi esposo bebía mucho pese a sufrir tuberculosis, diciendo que el sake mataba los microbios. Él mismo acortó su vida.

—No puedo soportar la inquietud, el miedo. No puedo pasar sin beber.

—Le daré una medicina; pero, por lo menos, deje la bebida.

La dueña de la farmacia era viuda con un hijo que había entrado en una escuela de medicina en algún lugar de Chiba, pero enseguida tuvo que dejar de estudiar por haber contraído la misma enfermedad que su padre y se encontraba hospitalizado. Además, su suegro estaba en casa inválido, y ella misma tenía una pierna completamente paralizada desde los cinco años debido a una poliomielitis. Apoyándose en las muletas, buscó en las estanterías distintos medicamentos para mí.

«Esto es para reforzar la sangre. Esto, una inyección de vitaminas; aquí está la jeringuilla. Esto son unas tabletas de calcio, y esto es diastasa para que no tenga molestias de estómago». Mientras me explicaba qué era esto o lo otro, unos seis medicamentos en total, su voz estaba llena de afecto. «Y esto es para cuando no pueda resistir sin beber», dijo, envolviéndolo enseguida en papel y guardándolo en una cajita. Era morfina.

La señora dijo que no era más perjudicial que el alcohol, y yo la creí. Había empezado a sentir la sordidez de embriagarme; por eso, me alegré de poder escapar del diablo del alcohol después de mucho tiempo. Sin dudar en absoluto, me inyecté la morfina en el brazo. En el acto desaparecieron por completo la impaciencia, la irritación y la timidez, dando paso a la animación y la elocuencia. Las inyecciones me hacían olvidar la debilidad de mi cuerpo, de modo que me pude dedicar a dibujar de nuevo; e incluso sentía tal entusiasmo que, a veces, me echaba a reír en pleno trabajo.

Pensaba usar una inyección al día, pero pronto pasaron a ser dos, y cuando se convirtieron en cuatro ya no podía trabajar sin ellas. La dueña de la farmacia me había advertido: «No puede seguir así. Si se convirtiera en adicto sería terrible», pero me parece que entonces ya me había convertido en un adicto considerable. Soy muy susceptible a las sugerencias de la gente. Si me advierten que no gaste cierto dinero, aunque tratándose de mí no cabe albergar muchas esperanzas, me parece que sería indebido no gastarlo y lo hago enseguida. La preocupación de convertirme en adicto me hizo ir en pos de la droga.

—Una caja más, ¡por favor! Le prometo que le pagaré la cuenta pendiente a final de mes.

—La cuenta puede saldarla cuando le vaya bien. El problema es que la policía es muy estricta con estos asuntos —explicó.

Siempre me persigue un aura de oscura turbiedad, de marginado sospechoso.

—Haga algo para desviar sospechas, se lo suplico. Le voy a dar un beso.

La mujer se sonrojó violentamente.

—Sin la medicina, mi trabajo no avanza nada —insistí—. Para mí, es como una fuente de energía.

—Bueno, entonces vamos a probar con inyecciones de hormonas.

—No me tome el pelo. O el alcohol o la medicina; sin uno de los dos, no puedo trabajar.

—No debe beber.

—¿Verdad que no? Desde que comencé a tomar la medicina no he bebido ni una gota. Por suerte, me siento muy bien. No pienso seguir toda la vida dibujando torpes historietas. Sin la bebida, mi salud se recuperará. Estudiaré y trataré de convertirme en un gran pintor. Ahora es un momento importante. Por eso… ¡Vamos, por favor! ¿Quiere que le dé un beso?

—¡Qué problema! —dijo la mujer riendo—. Si se convierte en un adicto, no quiero saber nada.

Haciendo sonar las muletas al caminar, fue a buscar el medicamento a la estantería.

—No le puedo dar una caja entera, que la terminará enseguida. Sólo la mitad, ¿eh?

—¡Qué tacaña se ha vuelto! Bueno, qué le vamos a hacer.

De vuelta a casa, lo primero que hice fue inyectarme una dosis.

—¿No te duele? —preguntó con timidez Yoshiko al verme.

—Claro que sí. Pero para trabajar mejor debo hacerlo, aunque duela. Últimamente tengo mucha vitalidad, ¿no crees? —y añadí en tono juguetón—: Bueno, ¡a trabajar se ha dicho! ¡A trabajar, a trabajar!

En cierta ocasión, a altas horas de la noche, llamé a la puerta de la farmacia. La dueña salió en camisón, haciendo sonar sus muletas, y yo la abracé de repente y la besé, simulando que lloraba. Me entregó una caja entera sin decir una palabra.

Cuando me di cuenta de que la droga era tan horriblemente sucia como el *shotchu* —no, más aún—, ya me había convertido en un completo adicto. Había llegado al extremo de perder completamente la vergüenza. Para comprar la droga, me dediqué a copiar y vender dibujos eróticos e incluso me enredé en una relación fea, literalmente, con la mujer lisiada.

Pensé: «Quiero morir, ahora, más que nunca, quiero morir, mi vida no tiene arreglo posible, haga lo que haga, sólo sirve para ir de mal en peor; una capa más de vergüenza. Eso de ir en bicicleta para ver una cascada entre las hojas nuevas es una esperanza vana para mí que sólo vivo acumulando pecados inmundos y deplorables, fuente de un sufrimiento cada vez más profundo. Quiero morir, porque el vivir sólo causa pecado». Pese a todo, no hacía más que ir, medio loco, entre mi casa y la farmacia.

Cuanto más trabajaba, más medicamento necesitaba. Mi deuda con la farmacia alcanzó una cifra enorme. Cada vez que la dueña me miraba, se le caían las lágrimas; y lo mismo acontecía conmigo.

Un infierno. Había llegado a la conclusión de que la única forma de escapar era escribir una larga carta a mi padre; era mi última esperanza, si no tendría que ahorcarme en una decisión que era como apostar a la existencia de Dios. En la carta le confesaba con detalle mi situación, con excepción, por supuesto, de las relaciones con mujeres.

Pero aconteció lo peor. La respuesta que esperaba ansiosamente no llegó, y la ansiedad causó que mi consumo de droga aumentara todavía más.

El día en que ya me había resignado a inyectarme diez dosis por la noche y tirarme al río, por la tarde apareció en mi casa «El lenguado», que quizá hubiera olido con sus poderes maléficos mis intenciones, acompañado de Horiki.

—Estás escupiendo sangre, ¿verdad? —preguntó Horiki, sentado ante mí con las piernas cruzadas y una sonrisa afectuosa que nunca había visto en él. Me sentí tan agradecido, tan contento con esta sonrisa, que no pude más que desviar el rostro y echarme a llorar. La sonrisa de Horiki me venció, me enterró en el olvido.

Me subieron a un coche, informándome de que tenía que ingresar en un hospital y que el resto lo dejara en sus manos, eso es lo que me dijo «El lenguado» en un tono apacible que parecía lleno de compasión. Como si fuera un hombre desprovisto de la capacidad de decidir, juzgar y todo lo demás, y llorando a lágrima viva, me limité a obedecer lo que me indicaban mis acompañantes. Incluyendo a Yoshiko, éramos cuatro en el coche, que nos llevó traqueteando y, cuando ya empezaba a oscurecer, nos dejó en un gran hospital en medio del bosque. En la entrada, pensé: «Esto es un sanatorio».

—Tendrá que quedarse aquí durante un tiempo —dijo un medico joven con una sonrisa tímida, después de un examen llevado a cabo con irritante delicadeza.

«El lenguado», Horiki y Yoshiko se disponían a marcharse dejándome ahí cuando ella me entregó un fardo con ropa de muda y, en silencio, se sacó de la faja del kimono una jeringuilla y lo que restaba del medicamento.

Sin duda pensaba que, realmente, era una fuente de energía.

—Llévatelo, ya no lo necesito.

Esto fue excepcional, la única vez en mi vida que rechazaba algo. Mi infelicidad era del tipo que no me permitía negarme a nada. Si rechazase algo que me ofreciesen, temía que se abriese una enorme grieta que permanecería para la eternidad entre su corazón y el mío. Pero aquella vez fui capaz de rechazar la morfina, que había deseado hasta el borde de la locura. Quizá me golpeó la «divina ignorancia» de Yoshiko. Creo que en ese preciso instante dejé de ser adicto.

Enseguida, aquel medico de sonrisa tímida me condujo a un pabellón y cerró la puerta con llave. Aquello era un manicomio.

Lo que dije en mi estúpido delirio después de tomar Dial, de que me marcharía a

un lugar donde no hubiesen mujeres, se hizo realidad de una forma extraña. En ese pabellón había sólo locos y enfermeros; todos hombres, ni una sola mujer.

Ya no era más un delincuente, me había transformado en un loco. Pero no, no estaba trastornado ni lo había estado un solo instante. Aunque, aaah, todos los locos piensan eso de sí mismos… Por lo visto, toda la diferencia es que los que estamos aquí encerrados somos locos, y los que están fuera son normales. Dios mío, respóndeme, ¿es un delito no poner resistencia?

Había llorado ante aquella rara y hermosa sonrisa de Horiki, y subido al coche olvidándome de decidir y resistir; así me encerraron y me convertí en un loco. Aunque llegue a salir, llevaré siempre clavado en la frente el cartel de loco; mejor dicho, de muerto viviente. Indigno de ser humano. Dejé por completo de ser una persona.

Llegué allí a principios de verano. A través de la ventana de barrotes, veía el pequeño estanque del jardín, donde florecían los nenúfares de color rosa oscuro. Pasaron tres meses y los cosmos ya habían empezado a florecer. Entonces se presentó mi hermano mayor con «El lenguado» para sacarme de allí; mi padre había fallecido a finales del mes pasado de una úlcera gástrica. Dijeron que no me iban a pedir cuentas por mi pasado y que no debía preocuparme por la subsistencia; no tenía que hacer nada, sólo marcharme enseguida de Tokio. Podía recuperarme en el campo sin preocuparme de nada ya que «El lenguado» se ocuparía de resolver todos mis asuntos, concluyó con la mayor seriedad. Me pareció ver las montañas y los ríos de mi tierra natal, y asentí levemente. Ni más ni menos que un muerto viviente.

Cuando supe sobre la muerte de mi padre, me sentí aún más deshecho. «Ya no está», pensé, recordando con nostalgia esa presencia que nunca dejó de atemorizarme; «Ya no está», y me di cuenta de que la urna de mis sufrimientos se había vaciado. Se me ocurrió que mi padre había sido el culpable del tremendo peso de esa urna de dolor. Perdí las ganas de luchar e incluso la capacidad de sufrir.

Mi hermano mayor cumplió escrupulosamente lo prometido. Compró una casa para mí en las afueras de un pueblo, unas cuatro o cinco horas en tren al sur de mi lugar natal. Era un balneario de aguas termales en la costa, un lugar bastante cálido para tratarse de aquella zona. La vivienda, con techo de paja, tenía cinco habitaciones y era tan vieja que las paredes estaban descascarilladas y los pilares roídos por los insectos hasta el punto de que ya no podía pensarse en repararla. Para que se ocupara de mí, contrató a una mujer de unos sesenta años, feísima y con el cabello requemado que había tomado un tono rojizo.

Desde entonces ya pasaron tres años. La mujer, llamada Tetsu, me ha forzado de una extraña forma en varias ocasiones. De vez en cuando, peleamos como un matrimonio, mi enfermedad del pecho empeora y mejora alternativamente, y a veces escupo sangre.

Ayer envié a Tetsu a comprar Calmotín a la farmacia del pueblo, y trajo una caja con aspecto diferente. No le di mucha importancia, y antes de dormir me tomé diez

tabletas. Mientras me preguntaba cómo era posible que no me entrara sueño, me dieron unos tremendos retortijones de estómago y tuve que salir corriendo al retrete; tenía una diarrea espantosa. Estos viajes se repitieron tres veces. Extrañado, me fijé bien en la caja. El medicamento se llamaba Henomotín y era un laxante.

Tendido boca arriba en la cama con una bolsa de agua caliente sobre el vientre, pensé en reprender a Tetsu. Le diría: «Eh, tú, lo que trajiste no es Calmotín sino Henomotín», pero al pensarlo me puse a reír. «Cadáver viviente» era un nombre de lo más cómico; y, para colmo, me había tomado un laxante para poder dormir.

En mi existencia ya no existe la felicidad o el sufrimiento. Todo pasa. Esa es la única verdad en toda mi vida, transcurrida en el interminable infierno de la sociedad humana. Todo pasa. Este año cumpliré veintisiete. Tengo ya tantas canas que aparento haber pasado los cuarenta.

Epílogo

Nunca me encontré con el loco que escribió estos cuadernos. Pero conozco un poco a alguien que parece ser la patraña del bar de Kyobashi. De pequeña estatura, pálida, de ojos estrechos y muy rasgados, y la nariz prominente; más que una mujer hermosa da la impresión de un joven apuesto. Parece que lo relatado en los cuadernos aconteció en Tokio entre 1930 y 1932, pero no fui a ese bar hasta 1935, cuando los militares empezaron a alborotar por las calles. Estuve con mis amigos tomando whisky con soda, aunque nunca me crucé con el hombre que escribió los cuadernos.

Pero, en febrero de este año, tuve que viajar a Funabashi, en la provincia de Chiba, para visitar a un amigo que había sido evacuado allí durante los bombardeos. Este amigo de la época de la universidad era profesor en una universidad femenina. Como tenía que ir para encargarle que mediara en arreglar la boda de uno de mis familiares, se me ocurrió que podría aprovechar para comprar pescado fresco para mi familia. De modo que me eché una mochila a la espalda y partí.

Funabashi era una ciudad bastante grande que se extendía frente a un mar lodoso. Como mi amigo llevaba poco tiempo viviendo allí, cuando pregunté por su casa, incluso con la información del nombre de la calle y el número correctos, nadie supo indicarme el lugar. Además de hacer frío, me dolía la espalda por la mochila. Entonces, atraído por el sonido de un disco con música de violín que salía de un café, empujé la puerta y entré.

La patrona me resultaba conocida y, cuando le pregunté, resultó ser, precisamente, la misma persona del bar de Kyobashi al que fui diez años atrás. Pareció que la mujer enseguida me reconoció y, después de organizar ambos un pequeño alboroto y reírnos, nos pusimos a hablar de lo que era habitual en aquellos días, es decir, la propia experiencia durante los bombardeos.

—Pero usted no ha cambiado nada —dije.

—¡Qué va, ya soy vieja! El cuerpo ya no me responde como antes. Usted sí que está joven.

—Ni hablar. ¡Ya tengo tres hijos! Había pensado en comprarles alguna cosa, aprovechando el viaje…

Después de intercambiar los saludos propios de personas que no se han visto en mucho tiempo, le pregunté sobre viejos conocidos; y, de repente, cambiándole la expresión, la mujer me preguntó si había llegado a conocer a Yochan. Cuando le repuse que no, fue a la trastienda y volvió con tres cuadernos y tres fotos de él.

—Quizá sean un buen material para escribir una novela —dijo, entregándomelos.

No puedo escribir cuando la gente me obliga a aceptar un material. Me disponía a devolverlo todo en el acto cuando las foros de Yozo —ya mencione en el prólogo sobre su expresión misteriosa— me llamaron la atención y decidí quedarme con los cuadernos.

Después de decirle a la mujer que pasaría antes de regresar a Tokio, le pregunté por fulano de tal, que vivía en tal parte y era profesor de la universidad femenina, y resultó que lo conocía. Además, era cliente del café y su casa estaba muy cerca.

Aquella noche, después de intercambiar algunas copas de sake con mi amigo, acepté su ofrecimiento de dormir en su casa. Me puse a leer los cuadernos y no pegué ojo hasta que los terminé, ya de madrugada.

Lo que estaba escrito pertenecía al pasado, pero estaba seguro de que resultaría interesante para las personas de ahora. Pensé que, más que hacer yo torpes modificaciones, lo mejor sería ofrecerlo a alguna revista que lo publicase tal como estaba.

Compré pescado seco de regalo para mis hijos. Después de contarle a mi amigo lo acontecido, me cargué la mochila medio vacía a la espalda y me acerque al café.

—Gracias por todo lo de ayer —comencé, y enseguida fui al grano—. Me pregunto si podría prestarme los cuadernos un tiempo.

—Desde luego. Por favor…

—¿Todavía está vivo?

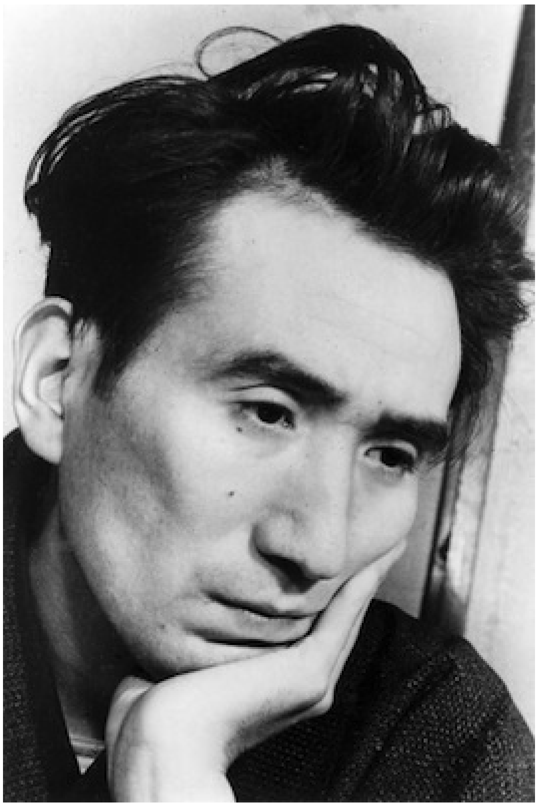
—No tengo la menor idea. Diez años atrás llegó un paquete con los cuadernos y las fotos al bar de Kyobashi. No tengo la menor duda de que lo envió Yochan, aunque no figuraba el remitente. Durante los bombardeos se traspapeló entre otras cosas; pero, sorprendentemente, apareció de nuevo sano y salvo. Hace poco me leí todo lo que estaba escrito en los cuadernos…

—¿La hizo llorar?

—No… Más que llorar, me hizo pensar en que cuando una persona llega a esa situación… Aaah, ya no hay nada que hacer.

—Como pasaron diez años, tal vez haya muerto. Quizá se los hizo llegar como muestra de agradecimiento. Puede ser que haya exagerado un poco, pero seguro que la hizo sufrir mucho, ¿verdad? Si todo lo que escribió fuera cierto y yo hubiese sido su amigo, imagino que también hubiera querido internarlo en un manicomio.

—Toda la culpa fue de su padre —dijo con la mayor naturalidad—. El Yochan que conocí era muy dulce e ingenioso. Si no hubiese bebido tanto… No, incluso bebiendo de ese modo era como un ángel, un muchacho excelente.



OSAMU DAZAI (Kanagi, 1909 - Tokio, 1948), seudónimo de Tsushima Shuji, es uno de los escritores modernos más apreciados en Japón. Décimo hijo de una familia acomodada del norte de Japón, Dazai estudió literatura francesa en la universidad de Tokio, aunque se jactaba de no haber asistido jamás a una clase. En la década de los treinta, y tras abandonar la universidad, militó en el incipiente movimiento comunista clandestino, motivo por el cual fue encarcelado y torturado por el régimen militar. Auténtico *enfant terrible* de las letras japonesas, fue candidato al Premio Akutagawa en 1935 y 1936. Desheredado por su padre a causa de una relación con una *geisha* de bajo rango y acuciado por su adicción a la morfina y el alcohol, Dazai intentó suicidarse en cuatro ocasiones. Autor de varios libros de relatos y dos novelas, el reconocimiento no le llegaría hasta la publicación, tras la segunda guerra mundial, de *Indigno de ser humano* y *El ocaso*. En 1948, pocos meses después de la publicación de *Indigno de ser humano* y una semana antes de cumplir cuarenta años, se suicidó con su amante en Tokio arrojándose a un canal del río Tama.

Notas

[1] Especie de falda pantalón larga utilizada con el kimono en ocasiones formales. *(Todas las notas a pie de página son de la traductora)*. <<

[2] Diminutivo familiar de Yozo. <<

[3] Nombre con la connotación de una persona atolondrada y caótica. <<

[4] Nombre con la connotación de una persona sabelotodo. <<

[5] Nombre de Tokio hasta 1868, año de la Restauración Meiji. <<

[6] Carrito para transportar personas tirado por un hombre. <<

[7] Forma familiar que significa «.hermana mayor». <<

[8] Literalmente, «brandy eléctrico». Se trata de una mezcla de diversos licores, que nació en el barrio castizo tokiota de Asakusa. <<

[9] Fideos fabricados con harina de alforfón, que suelen tomarse en sopa. <<

[10] Cuenco de arroz sobre el que sirven verduras o pescado rebozados. <<

[11] Brochetas de pollo asado. <<

[12] Región que comprende Kioto, Kobe y Osaka. <<

[13] Unidad monetaria equivalente a la centésima parte de un yen. <<

[14] Pescado crudo, cortado en finas lonchas, que se consume aderezado con salsa de soja y otros condimentos. <<

[15] Sardinas minúsculas prensadas como si fueran una hoja de papel. <<

[16] En un juego de palabras, que utiliza dos combinaciones de ideogramas de la misma pronunciación, el nombre también podría significar «el que sobrevivió a un pacto de suicidio». <<

[17] Colección de poemas de Omar Khayyam, poeta persa del siglo XII, caracterizados por la libertad de pensamiento, el nihilismo, el desafío a los dioses y el amor por la bebida. <<

[18] Aguardiente de barata o trigo. <<

[19] Literalmente, «Flor de luna». <<

[20] Canciones populares en la Era Edo, que se acompañaban con música de *shamisen*, instrumento tradicional de tres cuerdas. <<

[21] Juego de palabras basado en invertir las sílabas. En japonés, delito se dice *tsumi* y miel *mitsu*. <<

[22] Este termino, en lenguaje vulgar, hace referencia al sexo femenino. <<

[23] Antigua medida de longitud equivalente a unos cuatro kilómetros. <<